

— Dime, Nelly — manifesté, cuando estuve más tranquila —. ¿Cómo dices que sólo te quería tu madre? ¿Es que no te quiso tu abuelo?

— No, él no me quería.

— Pero cuando te enteraste de que había muerto, lloraste mucho ahí en la escalera. ¿Lo recuerdas?

Se quedó reflexionando unos segundos, y mientras una sombra de dolor pasaba por su semblante, dijo:

— Era malo, no me quería.

— No debieras acusarle de ese modo. Parecía trastornado, y al morir no era dueño de sus actos. ¿Te he contado cómo fueron sus últimos momentos?

— Sí. De todos modos, sólo en el último mes comenzó a ponerse así... y a no saber lo que hacía. Se quedaba sentado todo el día, ahí mismo, y si yo no hubiese venido, ni siquiera habría comido o bebido. Antes no le pasaba eso.

— ¿Antes de qué?

— De que muriese mi madre.

— ¿Quieres decir que tú le traías la comida?

— Sí.

— ¿Dónde la conseguías, en casa de Bubnova?

— ¡Nunca me llevé nada de casa de esa mujer! — repuso con firmeza.

— ¿De dónde la sacabas, en tal caso? Tú no tenías dinero...

Se quedó callada un momento. Luego me miró largamente, y muy pálida, me contestó:

— Pedía limosna por la calle. En cuanto reunía cinco copeces compraba pan y tabaco y se lo traía.

— ¿Cómo pudo consentirlo? ¡Mi pobre Nelly!

— No supo nada al principio, pero cuando se enteró, él mismo me decía que mendigase. Me iba al puente y tendía la mano a los que pasaban, mientras él me observaba de cerca. En cuanto veía que me daban una moneda, venía rápidamente y me la quitaba, como si fuera a quedarme con el dinero.

Al decirlo sonreía llena de amargura.

— Todo esto ocurrió después de morirse mamá — agregó —. El abuelo estaba trastornado.

— Seguramente quería mucho a tu madre. ¿Cómo no vivía con ella, entonces?

— No la quería. Era una mala persona, y nunca quiso perdonarla. Igual que ese viejo que estuvo ayer.

Esto lo dijo en voz muy baja, palideciendo todavía más.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al notar que el argumento de una novela estaba esbozándose en mi mente. La pobre mujer agonizando en el sótano de un fabricante de ataúdes; su hija, que una vez huérfana iba algunas veces a ver al abuelo, que no perdonó a su madre; el extraño viejo que, trastornado por completo, muere en cuanto su perro deja de existir... Nelly interrumpió mis pensamientos diciendo:

— Azor había sido antes de mamá, en la época en que el abuelo la quería de verdad — recordó sonriendo la chiquilla —. Cuando mamá se fue de casa, el abuelo quiso tener con él al perro, y parecía quererle mucho. En cambio, no perdonó a mamá, y cuando Azor murió, él también se murió.

La niña terminó de hablar con tono áspero, y la sonrisa se le heló en el semblante.

— ¿En qué trabajaba tu abuelo, Nelly?

— No estoy segura. Había tenido mucho dinero, y fue dueño de una fábrica. Mamá me lo contó, pero sólo hablaba de eso muy pocas veces, pues decía que yo era demasiado pequeña para entenderlo. Luego me abrazaba muy fuerte y repetía: «¡Llegará un día en que lo sabrás todo, pobre hija mía, desdichada criatura!» Siempre me llamaba pobre y desdichada. Algunas noches, cuando creía que yo estaba dormida, aunque sólo lo aparentaba, me besaba y decía muchas veces: «¡Pobre y desdichada hija mía!».

— ¿De qué murió tu madre, Nelly?

— Enferma del pecho, hará dos meses dentro de poco.

— ¿Puedes recordar algo del tiempo en que tu abuelo era rico?

— Yo no había nacido todavía. Mamá se marchó de casa del abuelo, antes de que yo naciese.

— ¿Con quién se fue?

— Lo ignoro — repuso la pequeña, en voz baja —. Se fue al extranjero, y entonces nací yo.

— ¿No sabes a qué país se fue?

— A Suiza, donde yo nací. Luego estuve en otras partes, en París, en Italia...

— ¿Y aún recuerdas todo esto? — le pregunté, sin disimular mi asombro.

— Claro. Me acuerdo de muchas cosas.

— Dime, ¿cómo hablas tan bien el ruso?

— Me lo enseñó mamá desde pequeña. Ella era rusa, como su madre. El abuelo era inglés, en cambio, aunque ya parecía nacido aquí. Cuando mamá y yo volvimos a esta ciudad, hace un año y medio, yo ya hablaba muy bien el ruso. No teníamos dinero, y mi madre ya estaba enferma. La pobre no hacía más que llorar. Primero estuvo mucho tiempo buscando al abuelo aquí, en San Petersburgo. Aseguraba que no había sido buena con él, y lloraba mucho. Cuando supo que el abuelo había quedado arruinado, se puso más triste todavía. Le mandaba cartas, pero él nunca le contestó.

— ¿Por qué volvió tu madre aquí? ¿Para estar de nuevo con tu abuelo?

— No lo sé. Allí lejos estábamos muy bien — dijo la niña, y sus ojos resplandecieron —. Mamá vivía sola, conmigo; tenía un amigo, un hombre tan bueno como usted, y que ya conocía de aquí. Pero él se murió y mamá volvió de nuevo a esta ciudad.

— ¿Aquel amigo era el hombre con el que se marchó tu madre cuando dejó al abuelo?

— No, se fue con otro, pero éste la dejó abandonada poco después.

— Nelly, ¿quién era ese otro hombre?

La chiquilla me miró fijamente, pero no me contestó. Me di cuenta de que sabía con quién se había marchado su madre, y que con toda seguridad él era su padre. Pero le resultaba muy doloroso decírmelo.

Decidí no atormentarla más con aquellas preguntas. De carácter singular, nervioso y vehemente, la pequeña sabía contener sus impulsos, y a pesar de ser afectuosa, en ocasiones se mostraba altanera. En realidad, muy pocas veces era franca conmigo, a pesar de quererme con toda su alma, casi como parecía idolatrar el recuerdo de su madre muerta. No obstante, durante el tiempo que nos tratamos, muy pocas veces me habló con sinceridad de sus cosas y de las épocas pasadas; todo procuraba ocultarlo afanosamente. Ese día, sin embargo, entre sollozos convulsivos me reveló durante dos horas lo que más le había dolido en su existencia pasada. Nunca se borrará de mi memoria aquel singular relato. Pero contaré esta historia más adelante.

Era una tragedia tremenda, la de esa mujer abandonada, que apenas pudo sobrevivir a la felicidad perdida. Apenada, enferma, despreciada por todos, por último la repudió el único ser de quien podía esperar un poco de benevolencia: su propio padre. Éste terminó por perder la razón a fuerza de disgustos, desde que ella le abandonara.

Era el relato de una mujer en el límite de la desesperanza, que deambulaba por las callejas frías y oscuras de San Petersburgo, pidiendo algo de comer para su pobre hija; una mujer que fue agotándose a lo largo de meses y meses en un sótano húmedo y lóbrego, a la que el padre niega el perdón, hasta que arrepentido va a llevársela a última hora, y se encuentra con el cadáver de aquel ser al que quiso por encima de todas las cosas de este mundo.

Se trataba de una de esas historias sórdidas, alucinantes, llenas de miseria, que suelen ocurrir bajo el cielo plomizo de San Petersburgo, en las calles tenebrosas y retorcidas que se extienden por la gran urbe, entre carcajadas de existencias desenfrenadas, de egoísmos estremecedores, de maldad repugnante y crímenes abyectos. Entre la infernal vorágine que lleva aparejado el desenfreno de las gentes dadas al placer. Era el cruel relato de las relaciones extrañas, incomprendidas, entre el anciano que había perdido el juicio, y su nieta, que con su entendimiento precoz fue capaz de darse cuenta de numerosos hechos que algunos hombres no son capaces de entender a lo largo de toda una vida de molicie, libre de privaciones.

Pero aún no es el momento de entrar a fondo en los pormenores en esta historia.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Había ya anochecido, cuando volví a la realidad como si despertase de una tremenda pesadilla.

— Mira, Nelly, aunque estés enferma e inquieta — dije a la niña —, no tengo más remedio que dejarte. Debo pedirte perdón, pero a no mucha distancia de aquí también hay otra persona a la que no han querido perdonar. Es una chica desgraciada, como tú, y en su soledad recibe numerosas ofensas. Me está aguardando, y lo que me contaste me impresionó de tal modo que me siento impulsado a verla inmediatamente.

Ignoro si Elena entendió lo que le decía. Su relato y la indisposición que yo habría sufrido, me dejaron trastornado. Apresuradamente me dirigí a casa de Natacha. Casi eran las nueve de la noche cuando llegué.

Junto a la puerta se encontraba detenido un carruaje que me pareció el del príncipe. Al piso de Natacha se llegaba por un patio. Iniciaba mi ascenso, cuando escuché delante los pasos indecisos de una persona que parecía andar a tientas, seguramente por serle desconocida la casa. Me dije que sería el príncipe, pero no tardé en desechar esa idea. El hombre lanzaba maldiciones cada vez más energicas conforme iba subiendo. La escalera era estrecha, sucia y oscura, pero no podía imaginar al príncipe profiriendo aquellos juramentos. En el tercer piso arreciaron las invectivas. El individuo blasfemaba como un carretero. Por suerte, a partir del

tercer piso se notaba la tenue luz del farolillo que brillaba sobre la puerta de Natacha.

Al llegar a la misma puerta di alcance al desconocido, y con gran asombro advertí que se trataba del príncipe. Aquel inesperado encuentro resultaba muy poco grato para él, a juzgar por la expresión de su semblante. Al principio no me reconoció, pero en seguida cambió su gesto, y la hostil mirada se dulcificó al tiempo que me tendía las dos manos, en un ademán de extraordinario aprecio.

— ¡Ah, es usted! — exclamó —. Estuve a punto de ponerme de rodillas para pedir a Dios que salvara mi vida. ¿No me oyó lanzar denuestos?

Entonces se echó a reír despreocupadamente. Casi en seguida su rostro cobró un aire de gran contrariedad.

— ¡No sé cómo Aliocha ha podido traer a Natacha Nicolaievna a semejante tugurio! — dijo, sacudiendo la cabeza —. Son estos detalles lo que definen el carácter del hombre. El muchacho me tiene sumamente preocupado. Es bueno, posee un gran corazón, pero fíjese cómo actúa: aunque está locamente enamorado, tiene a la mujer de sus sueños en una cueva como ésta. Incluso me ha dado la impresión — agregó, bajando la voz, mientras tanteaba en busca del cordón de la campanilla —, que a veces les ha faltado hasta la comida. Me estremezco de sólo pensar en su porvenir, y más aún en el de Ana Nicolaievna, cuando sea su mujer.

Sin darse cuenta, había dado a Natacha otro nombre. Seguía buscando el cordón, y se irritó porque su búsqueda era en vano.

Yo le dije que no había campanilla, y terminé dando unos golpes con los nudillos en la puerta. Casi en seguida nos abrió Mavra, quien nos acogió como si tuviera mucho que hacer. A través de la puerta de la cocina, que estaba separada del diminuto vestíbulo por un tabique de madera, notamos que se estaban haciendo algunos preparativos. Todo aparecía más limpio y bri-

llante que de ordinario. Sobre la mesa se veían cubiertos nuevos. No había duda de que estaban aguardándonos. Mavra nos ayudó a despojarnos de los abrigos.

— ¿Se encuentra Aliocha en casa? — le pregunté.

— No, no ha vuelto — me dijo, en tono misterioso.

Pasamos a la habitación de Natacha, y advertí que no había en ella ninguna señal de preparativos. Todo estaba pulcro y ordenado, como de costumbre. La joven nos recibió cerca de la puerta, de pie, y me produjo verdadera impresión mirarla, ya que tenía las mejillas muy hundidas y estaba pálida, con aspecto de hallarse extenuada. Dio la mano al príncipe con gesto descompuesto y turbado. Apenas me miró a mí, y seguí callado, aguardando.

— Bueno, ya me tiene usted aquí — declaró el príncipe, cordial y efusivo —. Sólo hace unas horas que he vuelto de mi viaje, y le aseguro que desde que me marché no hice otra cosa que pensar en usted — añadió, besándole la mano con gran cortesía —. ¡Tengo tantas cosas que contar! Disponemos de mucho tiempo para hablar de todo. Según veo, el aturdido de mi hijo todavía no ha llegado, ¿verdad?

Natacha se ruborizó levemente, y dijo:

— Le ruego que me perdone, príncipe. Me gustaría decir unas pocas palabras a Iván Petrovich.

En seguida me cogió de la mano y me sacó de la habitación.

— Discúlpame, Vania — murmuró.

— ¿Por qué, Natacha? ¿Qué debo perdonarte?

— Ya son muchas las veces que me has perdonado, y comprendo que todo tiene su límite. Aunque sigas queriéndome, pensarás que soy muy ingrata contigo, pues anteayer me porté como una mujer egoísta y cruel.

En cuanto dijo esto, se echó a llorar mientras apoyaba su cabeza sobre mi hombro.

— No digas eso, Natacha. Si ayer no vine fue porque

estuve indisposto, y aún lo estoy; y no por estar disgustado contigo. Imagino muy bien lo que pasa en tu corazón, en este preciso instante, querida amiga.

— Gracias, mil gracias. De nuevo me perdonas — manifestó sonriendo entre lágrimas, al tiempo que me oprimía las manos hasta casi hacerme daño —. Después hablaremos. Tengo mucho que decirte. Regresemos a su lado.

— Sí, vamos, Natacha. No debemos dejarle solo por más tiempo.

— Ahora sabrás lo que ocurre — musitó rápidamente a mi oído —. Ya estoy al corriente de todo, y sé que él tiene la culpa. Esta noche van a decidirse muchas cosas.

Aunque no la comprendí, no me pareció adecuado el momento para hacer preguntas. La joven se acercó al padre de Aliocha con aspecto sereno. El príncipe seguía de pie, con el sombrero en la mano. De nuevo le pidió disculpas, le quitó el sombrero y le invitó a que tomara asiento en una butaca, haciendo lo mismo nosotros.

— He preguntado por mi hijo — declaró él —, pero en realidad le vi hace un momento, en la calle. Se dirigía a casa de la condesa, e iba tan de prisa, el muy aturdido, que no consintió en subir a casa un momento, a pesar de no habernos visto desde hacía cuatro días. De todos modos, si se retrasa la culpa será mía, ya que como yo no podía ir a casa de la condesa Zenaida Fiodorovna, le di un encargo para ella. Sin embargo, imagino que no tardará demasiado en presentarse aquí.

— ¿Le prometió que vendría? — inquirió Natacha, mirando al príncipe ingenuamente.

— ¿Cómo puede preguntar eso? — dijo el príncipe, muy sorprendido —. Tengo la certeza de que vendrá. Pero se comprende su enojo, ya que debía de estar aquí a estas horas. Como le digo, el culpable soy yo, en realidad. No es que trate de disculparle, pues no niego que es bastante alocado e informal; sin embargo, una situación especial le obliga a visitar a la condesa

y a otras amistades. Como no suele salir de esta casa, y aquí se olvida de que los demás existimos, le pido permiso para quitárselo de vez en cuando, sólo por un par de horas, para que pueda echarme una mano en mis asuntos. Estoy convencido de que no volvió a ver a la princesa K desde aquella noche. Siento ahora no habérselo preguntado.

Vi que Natacha escuchaba al príncipe con sonrisa ligeramente burlona. No obstante, el aristócrata hablaba con tanta franqueza y naturalidad, que resultaba difícil poner en duda lo que estaba diciendo.

— Entonces, ¿ignora usted que Aliocha no ha venido por aquí una sola vez en estos días? — inquirió ella con voz serena y afable, como si estuviera haciendo la pregunta más natural del mundo.

— ¿Es posible? ¿No vino ni una sola vez? — dijo el príncipe, expresando un gran asombro.

— Usted estuvo aquí de visita el martes por la noche, y al día siguiente, por la mañana, se presentó él y permaneció media hora escasa conmigo. Desde entonces no he vuelto a verle.

— ¡Asombroso! — manifestó el aristócrata, que parecía cada vez más atónito —. ¡Y yo que le suponía siempre a su lado! Le pido que me perdone. Es algo increíble.

— Sí, es lamentable. Justamente yo le aguardaba a usted para preguntarle por Aliocha.

— Bueno, no creo que tarde en llegar. Le aseguro que esperaba de él cualquier cosa, menos esta forma de actuar, tan imprevista.

— ¿Se asombra, realmente? Yo hubiera dicho que usted sabía de antemano que las cosas iban a suceder de esta forma.

— ¿Cómo iba yo a saberlo? Puedo asegurarle, Natalia Nicolaievna, que sólo he visto un instante a mi hijo, y que casi no hablé con él. Me extraña que lo ponga en duda.

Al manifestar esto, nos observó atentamente a Natacha y a mí.

— ¡Dios me libre de pensar eso! — repuso la joven —. Tengo la completa certeza de que dice usted la verdad.

Y se echó a reír estrepitosamente. El príncipe arrugó el entrecejo.

— Explíquese, por favor — dijo, sin disimular su irritación.

— Todo está perfectamente claro, no hay nada que añadir. Ya sabe usted lo frívolo y olvidadizo que es Aliocha. En cuanto se ha visto un poco suelto, se dejó arrastrar por sus impulsos.

— Pero no es adecuado dejarse llevar hasta tales extremos. Seguramente ocurre algo más, y en cuanto venga trataré de ponerlo en claro. Debo manifestar mi asombro porque me culpe a mí del hecho, ya que sabe muy bien que estuve fuera de San Petersburgo. Es natural que esté enfadada con mi hijo, desde luego, pero la culpa es mía, sólo por el hecho de haber llegado antes, tal vez. ¿No cree usted? — me preguntó, dirigiéndome una sonrisa desagradable.

Advertí que Natacha se sonrojaba.

— Déjeme que prosiga, Natalia Nicolaievna — continuó diciendo el príncipe, dignamente —. Reconozco que quizás sea culpable, pero sólo lo soy por haberme ausentado al día siguiente de conocerla. Este hecho, y alguna desconfianza que usted demuestra, le han hecho cambiar el concepto que tiene de mí. Si yo no me hubiera ido, usted me conocería ahora más a fondo, y al poder vigilar yo a Aliocha, no hubiera éste obrado con la ligereza que lo ha hecho. Podrá comprobar todo esto cuando él llegue.

— En tal caso, lo que usted pretende es que Aliocha se dé cuenta de que constituyo para él una carga. Una persona inteligente, como usted, no puede creer que me ayuda actuando de ese modo.

— ¿Piensa que obraría yo así? Créame que me ofende, Natalia Nicolaievna.

— Acostumbro a manifestar con claridad mis pensamientos — repuso Natacha —; y quizás llegue a convencerse hoy mismo de que es cierto lo que digo. De ningún modo trato de ofenderle, y espero que no se sienta herido por mis palabras. Sé que así será, a causa del matiz de nuestras relaciones, que usted no toma muy en serio, ¿no es cierto? De todos modos, si le he ofendido, le ruego que me perdone, para que pueda sentirme tranquila de haber cumplido con mis deberes... de hospitalidad.

Esto último lo dijo Natacha sonriendo, con tono alegre, pero a pesar de ello nunca la había visto yo tan irritada como entonces. Me di cuenta en ese momento de lo mucho que debió sufrir en los tres últimos días. Las extrañas palabras que me dirigiera, manifestando que lo sabía todo, que lo había adivinado todo, me llenaron de temor ahora que empezaba a comprenderlas. Dichas palabras aludían al príncipe. Saltaba a la vista que Natacha había cambiado de opinión por lo que a él se refería, considerándole como un enemigo. Atribuía el comportamiento de Aliocha a la influencia del príncipe, y con toda probabilidad tenía motivos para pensar de ese modo.

Me acometió el temor de que se produjera una escena desagradable entre ellos, ya que Natacha no se esforzaba en disimular su forma de sentir con sus ironías. La declaración de que el príncipe no podía considerar seriamente sus relaciones con ella, la fútil excusa relacionada con su hospitalidad, la velada amenaza de demostrarle esa noche que hablaba con toda franqueza, todo ello resultaba claro y significativo, y el príncipe no tenía más remedio que comprender. Noté que el semblante del aristócrata cambiaba perceptiblemente, pero era un hombre que sabía contenerse. Hizo como que no

había comprendido el verdadero sentido de lo que dije-
ra Natacha, y tomó a broma el asunto.

— ¡Libreme Dios de solicitar disculpas! — manifestó riéndose —. No acostumbro a darme por ofendido con una mujer. Ya cuando nos conocimos le advertí acerca de mi forma de ser; por consiguiente, imagino que no se enfadará si hago una observación acerca de las mujeres en general.

Me miró y agregó con tono amable:

— Sin duda compartirá mi opinión. Es algo peculiar en el carácter femenino. Cuando una mujer comete un error, prefiere que pase inadvertido empleando halagos y caricias, en lugar de confesar y solicitar que la perdonen. De tal forma, aun imaginando que me hubiese usted ofendido con lo que ha dicho, yo no querría que me diera excusa alguna, a fin de salir ganando cuando usted comprendiera su error y tratara de compensarlo con mil halagos. Es tan ingenua, tan buena, tan generosa, que verla arrepentida tiene que ser algo encantador. Incluso preferiría que me dijese en qué forma puedo demostrarle que soy mucho más sincero de lo que usted imagina.

Natacha se sonrojó visiblemente. El príncipe era aho-
ra el que había contestado con demasiado desenfado,
con un sarcasmo que lindaba en la insolencia.

— ¿Sería capaz de darme una prueba de que desea
ser sincero conmigo? — le preguntó ella, mientras le ob-
servaba con gesto desafiante.

— Desde luego.

— En tal caso, haga lo que le voy a solicitar, por
favor.

— Puede usted contar con que la complaceré.

— Le pido que no moleste a Aliocha, cuando llegue,
con ninguna alusión referente a mí. No le recrimine por
haberme olvidado. Deseo recibirla como si nada hubiese
pasado entre nosotros dos. Espero que lo haga de ese
modo. ¿Puede usted darme su palabra?

— Lo haré con gusto — repuso él —, y déjeme mani-
festarle que rara vez he tenido ocasión de hallar una
persona que piense tan acertadamente sobre estos asun-
tos... Pero creo que Aliocha acaba de llegar.

Se oyeron algunos ruidos desde el vestíbulo, y Nata-
cha se estremeció, quedando expectante. El príncipe
adoptó un grave continente, mientras seguía observan-
do a Natacha.

Abrióse la puerta y Aliocha entró en la estancia.

CAPÍTULO II

El joven llegó con el rostro rebosante de felicidad. Se notaba que había pasado los días anteriores de forma muy grata.

— ¡Aquí estoy, por fin! —dijo briosa mente—. Sí, ya sé que debí llegar el primero, pero os lo explicaré todo. No hace mucho nos encontramos papá y yo, y apenas si pudimos cambiar un par de palabras. A pesar de eso, tenía mucho que contarte, papá.

Aliocha se volvió hacia Natacha y hacia mí, y prosiguió diciendo:

— Sólo cuando está de buen humor me permite que le tutee, pero si está enfadado, en seguida me lo hace saber tratándome de «usted». Desde este día, sin embargo, voy a hablarle siempre de tú, porque trataré de que esté siempre contento. Debéis saber que en estos días cambié por completo; pero ya os lo explicaré después. Ahora sólo puedo hablar de ella, de mi Natacha. ¡De nuevo estoy junto a ella, gracias a Dios! ¡Angel mío, cómo te habré hecho sufrir estos días! Pero me fue imposible venir, te lo aseguro. Creo que has adelgazado, querida mía, ¡y qué pálida estás!

Una y otra vez cubría de besos las manos de Natacha, mirándola apasionadamente, como si no se cansara de contemplarla. La observé un momento y en su semblante leí que pensaba lo mismo que yo: Aliocha era inocente. ¿Cómo íbamos a culpar a semejante ingenuo?

Las mejillas de la joven se cubrieron de rubor, como

si toda la sangre le hubiera subido del corazón al rostro. Miró con arrogancia al príncipe y preguntó:

— Dime... ¿Dónde estuviste todos estos días, Aliocha?

Su voz era temblorosa y traslucía intensa emoción. ¡Dios del cielo, cómo le amaba!

— Comprendo que ante ti pueda aparecer como culpable. O mejor dicho, más que apartarla, lo soy. La misma Katia me aseguró ayer, y volvió a repetírmelo hoy, que una mujer no puede consentir que la abandonen, como yo lo he hecho contigo. Le aseguré lo contrario, y dije que si había una de ellas que pudiera perdonar, ésa era mi Natacha, con quien sólo otra mujer podía compararse: Katia. Y aquí me tienes, amor mío, con plena certeza de que sabrás perdonarme. Estoy seguro de que aunque no viniese, tú estabas convencida de que no te había olvidado, ni dejaba de quererte por ello. No, eso nunca podrá ocurrir. No puedes imaginar lo que estaba sufriendo alejado de ti. Admito que tengo parte de esta culpa, pero cuando te enteres de lo sucedido me perdonarás sin vacilar. Os lo contaré todo, punto por punto, pues necesito desahogarme, y en cierto modo he venido a eso.

»Ya desde por la mañana deseaba tener un momento de libertad para venir junto a ti a darte un beso, pero me fue imposible hacerlo, pues Katia me rogó que fuese a verla. Eso ocurrió antes de que nos encontrásemos tú y yo, papá. Se trataba de la segunda ocasión en que me dirigía a casa de Katia, tras haber recibido una nota de ella. Nos pasamos el día mandándonos notas por medio de nuestros correos. Ah, y ahora que recuerdo, Iván Petrovitch, hasta ayer no tuve ocasión de leer la carta que me dejó en el escritorio. Tiene toda la razón del mundo, pero ya he dicho que me resultaba imposible venir antes. Sin embargo, como pensaba presentarme esta noche, tenía la tranquilidad de que podría disculparme debidamente. De esta noche no hubiera podido pasar sin verte, mi Natacha.

— ¿De qué carta hablas? — preguntó la joven.

— De una que dejó Iván Petrovitch en casa. Como era lógico, no me encontró allí y dejó escritas unas letras culpándome por tenerme abandonada. Esto sucedió ayer, y desde luego le sobraba razón.

Natacha me observó en silencio.

— Sin embargo, sí tenías tiempo para ir a casa de Catalina Feodorovna... — comenzó a decir el príncipe.

— Bueno, sé muy bien lo que vas a decirme. «Si pudiste ir a casa de Katia, con más motivo debiste hallar tiempo para venir aquí.» No voy a discutirlo, y hasta podría decir que casi pude hacerlo. Pero ocurren cosas extrañas en la vida, que todo lo embrollan y lo entredan. Hoy me he visto en una de esas situaciones. Os acabo de decir que en estos días pasados sufrió un gran cambio, lo que supone que pasé por situaciones sumamente serias.

— ¡Dios santo! ¿Qué te sucedió? — preguntó Natacha. — Cuéntalo ya de una vez, y no nos tengas tan inquietos.

— Sí, sí, os lo diré sin más tardanza — repuso él. — ¡No os podéis imaginar, amigos míos, todo lo que he visto, las gentes que he conocido! Debéis saber, en primer lugar, que Katia es una mujer perfecta. Sólo me di cuenta de ello hace unos días. Recordarás, Natacha, que el martes te hablé de ella muy interesado. Entonces sólo la conocía superficialmente, y no sabía en realidad cómo era. Pero ahora nos conocemos bien y hasta nos tuteamos. Tenías que haberla oído hablar de ti, Natacha, cuando el miércoles le relaté lo ocurrido la noche antes entre tú y yo... Y ahora que hablo de eso, recuerdo lo ridículo que estuve cuando nos vimos el miércoles por la mañana. Me recibiste angustiada, pensando sólo en la situación en que nos hallábamos, y a pesar de eso hiciste algunas bromas. Yo, por mi parte, me las daba de hombre serio. ¡Qué manera más necia de comportarme! Deseaba representar el papel de hombre experimen-

tado, que va a contraer matrimonio, e hice la farsa delante de ti. ¡Cuánto te habrás reído de eso! Bien merecido me lo tengo.

El príncipe miraba a su hijo con gesto irónico, como si le complaciese verle tan ridículo y trivial.

Le observé a mi vez durante toda la velada, y quedé convencido de que no quería a su hijo, a pesar de que siempre hacía manifestaciones de su amor paternal.

— Al salir de esta casa fui en seguida a ver a Katia — prosiguió diciendo Aliocha —. Ese día fue cuando aprendí a comprenderla. Sólo necesitamos unas pocas palabras apasionadas, cambiar unos pensamientos. ¡Debes conocerla, Natacha! No puedes imaginar cómo hablaba de ti, cómo procuraba convencerme de lo mucho que representabas para mí. Paulatinamente me fue dando a conocer su modo de pensar, de encarar la vida. Es una joven seria como pocas, pero muy apasionada. Me habló de los deberes que tenemos, de la misión que debemos cumplir en la vida; dijo que estamos obligados a servir a la humanidad. En fin, no tardamos en mostrarnos plenamente de acuerdo, y tras varias horas de conversación nos juramos amistad eterna y decidimos colaborar juntos en la gran empresa de la vida.

— ¿Colaborar en qué? — inquirió el príncipe, ligeramente intrigado.

— Padre mío — dijo el joven, solemnemente —. Ha sido tan grande mi cambio, que no me extraña que te asombres. Comprendo que me haréis reproches, puesto que vosotros sois gente práctica, de principios inflexibles, que os ha dado la experiencia aunque resulten inservibles y caducos, muchas veces. Todo lo joven y lozano os produce desconfianza, y procuráis ridiculizarlo. Pero yo no soy la misma persona que conocisteis hace unos días, sino otra muy distinta. Ahora contemplo audazmente todo lo que me rodea. En el momento en que comprenda que he hallado el camino justo, estaré dispuesto a seguirlo sin desviarme de mi ruta, como

hacen los hombres honestos. Pero no es necesario hablar tanto de mí. Pensad lo que gustéis; yo estoy perfectamente seguro de mí mismo.

— ¡Espléndido! — declaró el príncipe, burlonamente.

Natacha nos observó llena de inquietud. Le preocupaba Aliocha, y hubiera deseado que el joven no se pusiera en ridículo en presencia mía y de su padre.

— Aliocha, eso no es más que filosofía — dijo Natacha, en voz baja —. Mejor será que nos cuentes lo ocurrido.

— Es justamente lo que estoy haciendo. Debéis saber que Katia tiene dos primos, Levinka y Boris, dos muchachos extraordinarios. Uno estudia, y el otro no. Nunca visitan a la princesa, y no lo hacen por principios. En una ocasión en que Katia y yo estábamos hablando de la misión del hombre en el mundo, y otros temas parecidos, mencionó a sus primos y me dio una carta para ellos, presentándome. Desde el primer instante nos comprendimos perfectamente. En la casa donde vivían había varias personas de muy diferente condición. Había estudiantes, oficiales, artistas, e incluso un escritor. Todos ellos le conocen a usted, Iván Petrovitch, y también han leído sus escritos y aseguran que le espera un gran porvenir. Por mi parte les dije que le conocía a usted, y aseguré que lo presentaría a ellos. Me acogieron como a un hermano, y cuando declaré que iba a casarme se alegraron mucho. Generalmente se reúnen los miércoles, una vez en la buhardilla de Boris y otra en la de Levinka. Son jóvenes llenos de energía y de amor hacia la humanidad. Tratamos diversos temas de ciencias, de literatura, y del presente y el porvenir. Su conversación es agradable, llena de franqueza y sencillez. A las reuniones va también un estudiante, alumno del instituto. Tienes que conocerles, Natacha. Katia ya los conoce, y cuando hablan de ella, los jóvenes lo hacen como si la venerasen. Dice Katia que cuan-

do pueda disponer de sus fondos, les donará un millón para que puedan hacer el bien.

— Y lo más probable es que Levinka, Boris y los demás se encarguen de dar buena cuenta del millón — dijo el príncipe.

— No hables así, papá — contestó Aliocha, ofendido —. Justamente se ha hablado mucho de ese dinero, y se afirmó que sería invertido en instrucción pública.

— Estás en lo cierto. Me doy cuenta de que apenas si conocía a Catalina Feodorovna — musitó el príncipe, como hablando para sus adentros, y sin dejar de sonreír sarcásticamente —. Esperaba mucho de ella, pero esto...

— ¿Qué tiene de extraño? ¿Acaso es porque se aparta del proceder corriente, porque ya nadie da un millón a los otros, como ella quiere hacerlo? No, Katia no desea vivir a expensas de los demás, y gozar de esos millones es hacerlo a costa de sus semejantes, según he llegado a saber. Quiere ser útil a la sociedad, contribuir con su donativo al bien general. No, no me mires así. Pareces pensar que estoy loco, ¿verdad? Bueno, pues aunque fuera así, poco me importa. Me gustaría, Natacha, que comprendieras el significado de esta frase que ha dicho Katia: «Lo principal no es el talento, sino el afán que lo dirige, que lo lleva a actuar: el corazón, la nobleza, para el progreso de la humanidad.» Pero aún es más elevado este otro pensamiento de uno de los amigos de Boris y Levinka. El joven se llama Bezmiaguin y es nuestro jefe: tiene una mente genial. En la reunión de ayer dijo: «El necio que reconoce serlo, deja al momento de ser necio.» Magnífica verdad la que contienen esas palabras. Y siempre dice cosas así.

— Un verdadero genio, en efecto — comentó el príncipe, en el mismo tono de antes.

— Puedes burlarte, si quieres — dijo Aliocha —, pero ni tú ni los de nuestro ambiente dijeron nunca algo parecido. Por el contrario, os gusta criticarlo todo, ha-

bláis como hipócritas y encima nos llamáis ingenuos. Debierais haber oído todo lo que hablamos ayer.

— Sólo una cosa te digo, Aliocha — manifestó Natacha —. Hasta ahora no he podido comprender una palabra de cuanto has estado hablando.

— Estuvimos tratando de todo lo que puede conducir al progreso de la humanidad; del amor a nuestros semejantes, y de los hombres de acción de nuestra época. Analizamos sus obras y tendencias. Pero lo más importante es que nos hemos comprometido a hablar entre nosotros con toda sinceridad, sin rodeos de ninguna clase. Franqueza y rectitud de principios, eso es lo que nos podrá llevar a nuestro objetivo. En consecuencia, todos dimos nuestra palabra de obrar rectamente mientras nos hallemos bajo la dirección de nuestro jefe. Por más que nos juzguen duramente, no debemos apartarnos de nuestro camino ni avergonzarnos de nuestro proceder. Si deseamos ser apreciados, será necesario que inclinemos a los demás a concedernos su estima. Es otra frase de Bezmiguin, y Katia está plenamente de acuerdo con él.

— Esto es un embrollo — dijo el príncipe, manifestamente inquieto —. Pero ¿quién es ese Bezmiguin? No, el asunto no puede quedar así.

— ¿No puede quedar así? ¿A qué te refieres? — inquirió Aliocha —. Mira, papá, si he dicho todo esto en tu presencia es porque tengo la esperanza de que te sumes a nuestro grupo. Me he comprometido a hacerlo. ¿Te causa gracia? Pues escúchame hasta que termine, y podrás comprenderme mejor. Tú no conoces a los de nuestro grupo, jamás los viste ni les oíste hablar; por esa razón no podrías juzgarles ecuánimemente. Si llegas a tratarlos, si les escuchas y les observas, entonces puedo asegurarte que serás de los nuestros. Pero lo que pretendo es apartarte de ese medio al que estás atado, librarte de tus prejuicios. Utilizaré todos los procedimientos posibles para lograrlo.

El príncipe le escuchó en completo silencio. La sonrisa cínica y maligna que aparecía en su rostro provocaba en Natacha verdadera repugnancia, pero él hacía como que no se daba cuenta. Echóse contra el respaldo del sillón y lanzó una carcajada a todas luces forzada. Se apreciaba con toda claridad que lo hacía para humillar y ofender a Aliocha. Éste sintióse entristecido. Aguardó a que cesara la destemplada risa, y declaró lleno de amargura:

— ¿Cómo puedes mofarte de mí de esa forma, padre? Te acabo de hablar con toda sinceridad. Quizá pienses que dije alguna necesidad. En tal caso, debieras hacérme lo notar, en lugar de reírté, simplemente. ¿Qué motivo te impulsa a burlarte? Puede que sea de lo que yo considero sagrado, digno de veneración. Quizá esté en un error y todo lo que dije es falso; tal vez resulte ser un necio, como aseguraste en más de una ocasión. No obstante, mi equivocación será noble y sincera. Me atraen las ideas elevadas, y aunque se apoyen en una base falsa, para mí esas ideas serán siempre dignas del mayor respeto. Ni tú ni los tuyos me habéis proporcionado un pensamiento que me atraiga o que me enseñe un camino. Al menos, discute los argumentos de mis amigos, y presentame otros más convincentes. En ese caso seguiré tu camino; pero no te límites a burlarte, pues de ese modo no haces más que herirme.

Todo esto lo dijo Aliocha con expresión noble y digna. Natacha no podía disimular su simpatía al mirarle. Por su parte, el príncipe oyó las razones de su hijo, y sin disimular su asombro cambió de actitud.

— Te repito — prosiguió el joven —, que ni tú ni los que te rodean habéis manifestado algo que pudiera yo tomar como guía en mi vida. Si eres capaz de proporcionarme principios mejores, hazlo y los acogeré complacido.

Impresionado sin duda por las palabras de su hijo, y

por el tono con que las pronunciaba, el príncipe contestó:

— No pretendo reírme de ti. Por el contrario, lo cierto es que me causas un poco de compasión. Ahora bien, ya que te dispones a tomar parte en actos tan trascendentales, será conveniente que dejes de obrar como un atolondrado, como siempre lo has hecho. Me he reido casi sin querer, y te aseguro que en ningún momento pretendí ofenderte.

— Sin embargo, ¿cómo es que yo he creído lo contrario? — dijo Aliocha, con tristeza —. Desde hace algún tiempo me da la sensación de que me miras como si fuera un enemigo, con gesto frío y burlón, y no como los padres contemplan a sus hijos. Pienso que si cambiásemos de lugar yo no me burlaría de mi hijo ni le trataría como tú lo haces. Hablemos con franqueza, para que no exista duda alguna entre los dos. Cuando llegué aquí noté algo extraño en todos vosotros, como si flotase en el ambiente cierta inquietud. Si no me he equivocado, desearía que alguien me dijera su forma de pensar. ¡Cuánto daño evita la sinceridad!

— Sigue hablando, Aliocha — declaró el príncipe —. Todo lo que dices está muy bien; tal vez debiéramos haber comenzado por ahí.

Estas últimas palabras las dijo el príncipe mirando a Natacha con gesto significativo.

— Está bien, voy a ser franco, como tú lo deseas — repuso el joven —. Escucha, me has dado el consentimiento para que me case con Natacha. Nos proporcionaste esa dicha, aunque para ello tuviste que ahogar tus propios sentimientos. Obraste con nobleza en ese sentido, y sabemos apreciar lo que has hecho. Sin embargo, a cada paso estás tratando de demostrar que soy una persona ridícula, como si pretendieras rebajarme ante Natacha. Parece que te alegra colocarme en situaciones absurdas, como para hacer ver que nuestra boda no tiene sentido. Da la sensación de que no confías en

ese enlace que tú mismo aprobaste; de que para ti eso resulta una farsa, un capricho extravagante.

»No creas que esto lo imagino por las palabras que acabas de pronunciar, nada de eso. Cuando el martes pasado, a la salida de esta casa, fui a verte, te oí emplear ciertas palabras que llegaron a entristecerme. Luego, al día siguiente, opinaste acerca de la situación en que Natacha y yo nos hallamos, y no te referiste a ella de forma descortés, sino de un modo frívolo, muy poco amistoso. Puedes decirme que me encuentro en un error. Quisiera que me devolvieses la tranquilidad a mí y también a Natacha. Sí, porque hoy la ofendiste, realmente. En cuanto traspasé esa puerta me di cuenta de que así había sido.

Aliocha habló con pasión y entereza, y Natacha le oyó solemnemente, muy emocionada. Un par de veces dijo en voz baja: «Es cierto, es cierto».

Manifestamente turbado, el príncipe se decidió al fin a hablar.

— Querido hijo — comenzó diciendo —, no alcanzo a recordar del todo lo que pude decirte, pero te aseguro que interpretas erróneamente mis palabras, y ello me sorprende. Haría cuanto pudiese para sacarte de tu error. En primer lugar, no debe extrañarte que me riese hace unos instantes. Debiste comprender que con mi risa trataba de esconder la amargura que siento. Cuando pienso que dentro de poco vas a contraer matrimonio, me digo que es algo descabellado, y me parece que me he precipitado al daros el consentimiento. Tengo la certeza de que entre vosotros dos hay grandes diferencias de carácter, y es bien sabido que una vez pasado el amor, surgen las disparidades de criterio. No me refiero a tu suerte. Hablo de tu intención. Si ésta es honrada debes hacerte a la idea de que si te pierdes tú, también perjudicas a Natalia Nicolaievna, y sin remedio. Mucho hablaste del amor a tus semejantes, de la

nobleza de tus pensamientos, de los personajes magníficos que conociste estos días.

»En todo caso, interroga a Iván Petrovitch sobre lo que le dije hace un momento, cuando llegábamos al cuarto piso de esa boca de lobo que es la escalera, cuando dimos las gracias al cielo por haber llegado hasta aquí sin rompernos la nuca o una pierna. ¿Sabes lo que pensé en ese momento? Pues me dije que parecía imposible que tú, tan enamorado como te encuentras de Natalia Nicolaievna, consintieras en tenerla habitando en semejante tugurio. ¿Acaso no comprendes que el carecer de fondos, al no poder cumplir con tus obligaciones, no serás capaz de soportar las responsabilidades del hombre casado? El amor no lo es todo; es necesario ofrecer hechos. Tu forma de razonar es esta: «Comparte mi suerte, aunque seas desgraciada.» Eso no es humano ni propio de gentes que obran con nobleza. Resulta muy grato escuchar a los demás hablar de su amor por el prójimo, verlos inflamarse con sus ideales humanitarios, y sin embargo, mientras hacen todo eso, están cometiendo un crimen contra ese amor que tanto defienden... Por favor, no me interrumpa, Natalia Nicolaievna, y permitame que termine lo que estoy diciendo. Todo esto resulta sumamente doloroso para mí, y necesito desahogarme. Acabas de decirnos, Aliocha, que en los pasados días te sentiste inspirado por cuanto hay de noble y hermoso en la vida, y que lamentas que tus semejantes no coincidan con semejantes arranques y sólo se guíen por el frío raciocinio. No obstante, hacer por un lado tales afirmaciones y luego olvidarte durante varios días de la persona que, según parece, es para ti el ser más querido del mundo, eso, hijo mío resulta increíble. Confesaste haber discutido con Catalina Fiodorovna, y declaraste que Natalia Nicolaievna poseía un espíritu tan generoso y te amaba hasta tal extremo que perdonaría tu falta. No obstante, ¿te crees con derecho a contar por anticipado con el perdón de ella, y a hacer apuestas,

encima, acerca de si te lo dará o no? Tal vez no hayas reflexionado sobre los tormentos, el dolor y las sospechas en que has sumergido a Natalia Nicolaievna en estos días. ¿Acaso por el hecho de que unas ideas originales llegaran a atraerte, tenías derecho a descuidar el más importante de todos los deberes? Le ruego que me disculpe, Natalia Nicolaievna, si no cumple con lo prometido, pero la situación es bastante más seria que mi promesa, como usted comprenderá fácilmente. Es menester que sepas, Aliocha, que encontré a Natalia Nicolaievna aquejada de tantos sufrimientos, que no pude menos de pensar que habías convertido para ella en un verdadero infierno estos últimos días, cuando debieron ser los más dichosos de su existencia. Así obras, por una parte, y luego, palabras, sólo palabras... ¿Crees que no estoy en lo cierto? Sí, lo sabes, y no comprendo, entonces, cómo puedes acusarme, después de haber actuado como lo has hecho.

El príncipe dejó de hablar tras semejante alarde de elocuencia. Se le notaba triunfante y satisfecho.

Al oír Aliocha a su padre hablar del sufrimiento de Natacha, la miró con gesto lleno de tristeza. Natacha, sin embargo, había tomado una decisión.

— Tranquilízate, Aliocha — manifestó la joven —. Peores faltas han cometido otros. Toma asiento y escucha lo que voy a decir a tu padre. Es necesario concluir definitivamente con este asunto.

— A mi vez le ruego que se explique, Natalia Nicolaievna — dijo el príncipe —. Hace un par de horas que no le oigo decir más que frases enigmáticas, y le aseguro que no puedo admitirlo. No esperaba una acogida como ésta, con franqueza.

— Posiblemente creyó usted que nos confundiría con su facilidad de palabra, evitando que penetrásemos en el fondo de sus intenciones — dijo ella —. Pero debo decir que no es necesario explicar nada, ya que todo está perfectamente claro. Aliocha ha dicho la verdad. Lo

que usted desea es separarnos. De antemano conocía lo que iba a ocurrir entre su hijo y yo, tras la entrevista del martes. Todo lo calculó con precisión. Vuelvo a afirmar que usted no consideró seriamente nada de este asunto, ni la petición de mano ni a mí, siquiera. Lo único que ha hecho es mofarse de nosotros. El objetivo que persigue sólo puede conocerlo usted. Su hijo estaba acertado al decir que esto se parece a una comedia. En lugar de reprocharle, debiera ponerse contento, ya que sin saberlo, Aliocha hizo lo que usted esperaba de él, y quizás hasta un poco más.

Yo no podía ocultar mi estupefacción. Aunque esperaba una actitud severa por parte de la joven, su franqueza y el tono decidido con que habló me dejaron atónito. Imaginé que Natacha estaba al corriente de ciertos hechos y que había resuelto romper inmediatamente. Puede que hasta hubiera esperado al príncipe llena de impaciencia para decirle todo aquello. El padre de Aliocha se hallaba pálido, mientras que el joven se mostraba asombrado y ansioso.

— Piense bien lo que acaba de decirme — dijo con tono sombrío el príncipe —. Dése cuenta de las acusaciones que está formulando. No entiendo...

— ¿No entiende, o más bien trata de no comprenderme? — contestó la joven —. De todos modos, Aliocha le ha comprendido perfectamente, igual que yo, a pesar de que no nos habíamos visto desde hace unos días. Ha visto asimismo que usted procedió con poca nobleza, procurando humillarnos; sin embargo, él le quiere a usted y le venera. Consideró usted conveniente ser más cuidadoso, más astuto. Se dijo que él no llegaría a descubrir su juego. No obstante, Aliocha posee un espíritu sensible y delicado, y lo que usted acaba de decir, o más bien el tono con que lo dijo, le ha afectado profundamente.

Volvióse el príncipe hacia mí, y como si aún estuviera desconcertado, declaró impaciente:

— Puedo asegurar que no entiendo una sola palabra de todo esto.

A continuación se volvió a Natacha y añadió:

— Sólo puede deberse a que está usted nerviosa, y a que tiene celos de Catalina Fiódorovna. De ahí que lance acusaciones contra todos, sin exceptuarme a mí. Debo decirle, si me lo permite, que con ello estoy obteniendo una idea muy poco favorable de su carácter. Me disgustan semejantes situaciones y no seguiría aquí un segundo más de no hallarse en juego los intereses de mi hijo. Al menos, creo que podrá darme una explicación.

— En tal caso, veo que no quiere entender las cosas en pocas palabras, por más que está al corriente de todo. ¿Quiere que hable con toda claridad?

— Sí, se lo ruego.

— Está bien. Oigame entonces; lo diré todo.

CAPÍTULO III

Natacha se puso en pie y prosiguió hablando llena de vehemencia.

También el príncipe se había levantado; la escuchaba con atención, mientras el ambiente se volvía cada vez más tenso.

— Supongo que recordará lo que dijo el martes — declaró la joven —, cuando aseguró que precisaba dinero y prestigio, ¿no es cierto?

— Sí, eso es lo que dije, aproximadamente.

— El caso es que usted se presentó aquí ese día para lograr ese dinero y todo lo demás, que parecía escaparse de las manos. Con el mismo fin planeó esa comedia de la petición de mano, esa farsa.

— Recapacita, Natacha — tercé yo, alarmado —. Piensa lo que estás diciendo.

— ¿Me está acusando de farsante? — manifestó el príncipe, muy ofendido.

Lleno de angustia, Aliocha miraba a Natacha y a su padre, sin comprender bien lo que pasaba.

— Por favor, déjeme hablar — contestó la joven —; he prometido que lo diría todo. Usted dijo que Aliocha ya no le hacía caso. A lo largo de seis meses usted procuró vanamente alejarle de mí, a pesar de lo cual él no alteró su conducta. Luego advirtió usted que se acercaba el desenlace, y que si no obraba con presteza, la novia, el dinero (éste, más que nada, los tres millones de la dote), se le escaparían de las manos. De todas

formas, aún pensó en un recurso: si Aliocha se enamoraba de la muchacha que usted le destinaba, seguramente terminaría por abandonarme.

— ¿Cómo puedes decir eso, Natacha?

La voz de Aliocha reflejaba un gran dolor.

— Eso es lo que hizo usted, y a pesar de ello, tampoco en esta ocasión se salió con la suya — continuó diciendo Natacha, haciendo caso omiso de la pregunta de Aliocha —. Pensó que todo saldría según lo había planeado, y de pronto llegó yo para interponerme en sus proyectos. Como persona experimentada y sagaz que es, había observado que Aliocha parecía estar en ocasiones cansado de mí. Pensó que terminaría hastiándose del todo y que me dejaría. Experimentó una gran decepción cuando el martes obró Aliocha de la forma en que lo hizo.

— Déjeme que le explique — dijo el príncipe —. No es lo que usted cree...

— Permitame hablar, por favor — le interrumpió Natacha, firmemente —. Esa misma noche reflexionó usted acerca de la medida que debía tomar, y resolvió acceder a nuestro casamiento, en apariencia, claro está, para contentar a su hijo. Siempre le sería posible ir postergando la fecha de la boda a su voluntad. Mientras tanto, un nuevo amor podría ayudarle en sus fines.

— La soledad es mala consejera — musitó el príncipe —. Todo eso no son más que novelerías.

— Como digo, usted lo fió todo a ese amor incipiente. El afecto había nacido cuando Aliocha todavía no estaba al corriente de las numerosas virtudes de su amada. Cuando él le declara que no podrá quererla, pues se halla enamorado de otra, la muchacha se muestra de tal modo noble e inclinada a considerarle con simpatía, que hasta ese momento le pareció a Aliocha que no había advertido su belleza. Fue tal la impresión que recibió entonces, que cuando vino a verme no hizo

otra cosa que hablar de ella. Luego, al día siguiente, quiso volver a ver a aquella extraordinaria joven, aunque sólo fuera por gratitud. Al fin y al cabo, nada le priva de ir a verla, y con ello no perjudica a su amada. Natacha no hubiera podido sentirse dolida, porque no le dedicase unos pocos minutos. Luego, esos pocos ratos se van transformando en un día, después en dos, y en tres... Katia, por su parte, sigue mostrando todas sus espléndidas virtudes. Su nobleza, ingenuidad y pasión conquistan a cualquiera. En el fondo tiene un espíritu infantil, en lo que se parece mucho a Aliocha. Despues ambos aseguran que serán siempre amigos, que no se separarán nunca, como si fueran hermanos. Al terminar las cinco o seis horas de conversación, un mundo nuevo parece abrirse ante Aliocha, que le entrega el corazón por completo. Se acerca el momento álgido, se dice usted, cuando él establecerá una comparación con el otro amor. En esta casa ya todo resulta demasiado conocido y vulgar; los celos, las pendencias, los llantos. Cuando le tratan alegremente, es porque le consideran como a un niño. Y lo peor del caso es que Natacha ya resulta demasiado conocida.

Un espasmo de angustia contrajo la garganta de Natacha, pero consiguió sobreponerse inmediatamente.

— Más tarde, el tiempo hará el resto. Por lo pronto aún no se ha fijado la fecha del casamiento, y quedando aún bastante tiempo... la situación puede alterarse cuando menos se espere. Por otra parte, usted no dejaba de esgrimir sus argumentos, de aplicar su elocuencia. Pensó que aún podría inventar algo contra Natacha, esa importuna, para que apareciese desde un ángulo desfavorable. No importa la forma en que concluya el asunto, puesto que el triunfo quedará en sus manos.

Miró a Aliocha, y prosiguió:

— Aliocha, no te enfades conmigo. Estoy segura de que todavía me amas, y tal vez no alcances a comprender las quejas que expongo. Sé que hago mal al hablar

con semejante franqueza. Sin embargo, no podría hacer otra cosa, ya que así es como yo veo la situación, aunque no dejo de amarte con pasión, con verdadera locura.

Natacha se cubrió la cara con las manos, y dejándose caer sobre un sillón empezó a sollozar como una criatura. El joven no pudo reprimir una exclamación, y se acercó presuroso a Natacha. Nunca podría verla llorar sin hacerlo él también.

Ese llanto ayudaba a los fines del príncipe. La larga explicación, seguida de un arrebato; lo exageradamente duro de las acusaciones, todo ello podía dar lugar a un acceso de celos, y hasta podían enfermar a Natacha. En ese momento resultaba conveniente demostrar cierta simpatía.

— Procure calmarse, Natalia Nicolaievna — dijo al fin el príncipe —. Estos tristes pensamientos sólo son consecuencia de la soledad. Creo que la frivolidad de Aliocha ha sido la causa de su arrebato. Pero usted sabe muy bien que sólo lo hace porque es atolondrado. La forma en que obró el martes le dice bien claro hasta qué punto la quiere.

— Le pido que no me hable más ni me atormente, sobre todo en estos instantes — rogó Natacha, con el rostro cubierto de lágrimas —. Ya hace bastante tiempo que imaginaba lo que iba a suceder. Me doy cuenta de que su antiguo amor se ha esfumado... Cuando me encontré sola en esta habitación, abandonada de él, puede decirse que viví anticipadamente mi desgracia. Sin embargo, nada podía hacer. A ti no te culpo, Aliocha; pero no comprendo por qué desea usted engañarme. Debo decirle que hasta he procurado mentirme a mí misma, y no una ni dos veces, sino muchas más. Al observar con atención sus gestos, el tono de su voz, me di cuenta de que todo había muerto, que todo podía darse por perdido... No sabe bien lo desgraciada que soy.

Arrodillado al lado de ella, Aliocha lloraba sin consuelo.

— Debes perdonarme — afirmaba sollozando —. Nadie más que yo tiene la culpa.

— Aclaremos las cosas — dijo el príncipe, con gesto impaciente —. ¿En qué se basa para achacarme esos designios? En realidad no se trata de otra cosa más que de conjeturas, pues carece de la menor prueba.

— ¡Pide usted pruebas! — exclamó Natacha, poniéndose en pie de repente —. Cuando se presentó a hacerme la propuesta de matrimonio, no podía obrar de otra manera. Precisaba tranquilizar a su hijo, evitarle cargos de conciencia, para que pudiera darse por completo a Katia.

— De haber querido engañarla — aseguró el príncipe, sarcásticamente —, ése hubiera sido mi proceder. No hay duda de que posee usted gran perspicacia, pero para acusar de esa forma deben tenerse pruebas.

— ¿Desea usted más pruebas que su forma de actuar anterior, cuando trataba de quitarme su cariño? El que incita a su hijo a dejar de lado las obligaciones con tal de obrar por interés, por dinero, ése le corrompe. Se refirió usted a lo misera que era la escalera y el alojamiento, pero no nos dice que contribuyó a ello mediante el hambre y la miseria. Nadie más que usted provocaba esta forma de vida tan deficiente, y ahora, dando muestras de doblez, le reprocha eso mismo a su hijo. ¿Cómo es posible que tenga ahora estos pensamientos? Durante los pasados tres días no hice otra cosa que ir y venir por la habitación, pensando a fondo en todo lo ocurrido. Recordé sus menores palabras y gestos, y al fin me convencí de que usted no obraba sinceramente, sino que llevaba a cabo una burla indigna, una comedia vil. Hace tiempo que le conozco, hasta tal punto que cada vez que Aliocha llegaba después de verle a usted, yo podía advertir en su semblante lo que usted le había sugerido. Sé los métodos que utiliza usted para influir sobre él. Pero no volverá a engañarme. Quizá tenga ahora otros proyectos, y yo no esté al corriente de lo que se pro-

pone hacer. Da lo mismo, lo que interesa es que ya me ha engañado en una ocasión. Todo esto es lo que deseaba decirle claramente, sin rodeos.

— ¿Ha terminado? Son éas las pruebas que puede presentar? Le ruego que piense un poco, y que no se exalte. Dese cuenta de que la propuesta que le hice el martes suponía un gran compromiso para mí. De haber pensado como usted dice, habría cometido una gran imprudencia.

— ¿En qué se comprometía? ¿Acaso suponía un juicio para usted, el engañarme? No, para usted no tenía importancia, ofender a una pobre desgraciada a la que su padre ha rechazado, que está indefensa y sin ayuda. No podía tener contemplaciones de ninguna especie, si esta comedia podía suponerle una obligación, por reducida que fuera.

— Le pido que piense la situación en que se coloca, Natacha Nicolaievna. Asegura que la he ofendido, pero parece imposible admitir que una persona pueda inferir una ofensa tan degradante como ésa. Únicamente el que ha renunciado a todo es capaz de aceptar pasivamente semejante agravio. Le ruego que me disculpe, pero si le hago estas reconvenencias es porque trata de enfrentar a mi hijo contra mí. Si es cierto que él no me replica, en cambio estoy seguro de que va contra mí.

— Eso no, padre mío — repuso enérgicamente Aliocha —. No me enfado contigo porque tengo la seguridad de que no has querido ofenderla, de que no eres capaz de injuriar tan gravemente a una persona.

— Ya lo oye usted — manifestó el príncipe.

— Es mía la culpa, Natacha. No debes acusarle. Sería algo injusto, terrible.

— ¿Te das cuenta, Aliocha? Ya estás frente a mí — manifestó Natacha.

— Terminemos con esta desagradable escena — declaró el príncipe —. Este acceso de celos sobrepasa lo razonable, y me da un claro indicio sobre su verdadero

carácter. Debo tomar precauciones, pues advierto que me apresuré demasiado. Usted no ha llegado a darse cuenta de que me ofendió, puesto que le es indiferente. Reconozco que me he adelantado al tomar decisiones, pero por sagrada que sea mi palabra, como padre debo antes cuidar del bienestar de mi hijo.

— Entonces, ¡retira usted su palabra! — exclamó Natacha, exasperada. — Y además parece sentirse contento de poder aprovechar la ocasión. En tal caso le diré que ya hace dos días, cuando me encontraba sola en esta habitación, resolví devolverle su palabra. Ahora lo confirmo delante de los presentes, y le digo que no acepto la proposición de boda con su hijo.

— En tal caso, creo que pretende usted despertar en Aliocha las antiguas inquietudes, el sentido de la responsabilidad, con objeto de tenerle atado de nuevo, igual que antes. Eso es lo que se deduce de sus palabras. En fin, más vale no hablar de estas cosas, y que el tiempo decida. Aguardaré un momento en que estemos más serenos para poner todo en claro, pues tengo confianza de que nuestras relaciones no se romperán para siempre. También espero que tendrá un mejor concepto de mí, más adelante. Tenía intención de explicarle lo que proyectó acerca de su padre, y se hubiese dado cuenta de que... Pero será mejor dejarlo todo como está.

El príncipe se volvió hacia mí y me dijo:

— Iván Petrovich, considero que en estos momentos me resulta más necesario que nunca establecer vínculos de amistad entre usted y yo. ¿Consentirá en que vaya a visitarle a su casa un día de éstos?

Contesté inclinando la cabeza, puesto que no podía negarme. El príncipe me estrechó la mano, hizo una breve reverencia a Natacha y salió de la habitación con aire de persona a la que han ofendido.

CAPÍTULO IV

Durante varios minutos reinó un completo silencio. Pensativa, sumida en sus reflexiones, Natacha tenía un aspecto abatido. De pronto sus fuerzas parecían haberla abandonado, y miraba hacia adelante, pero sin ver nada, mientras retenía con fuerza la mano de Aliocha. El joven continuaba sollozando quedamente, y en ocasiones miraba a Natacha con una mezcla de prevención y curiosidad.

Después comenzó a prodigarle tímidos consuelos, y le rogó que no se apenase. No hacía más que acusarse a sí mismo, al tiempo que disculpaba a su padre. Aunque mostraba deseos de hablar, no se atrevía a hacerlo por miedo a que Natacha volviera a encolerizarse. Una y otra vez le juró amor eterno, y afirmaba que sus relaciones con Katia eran sólo fraternas, pues la consideraba como una joven buena y simpática, si bien no podía abandonarla por completo, ya que eso hubiera supuesto una grosería y una desconsideración. Estaba seguro de que en cuanto las dos jóvenes se conocieran, inmediatamente serían amigas y no se separarían nunca más. Entonces no habría la menor sombra entre ellos. Esto le confortaba, y realmente era sincero cuando lo decía. Incapaz de entender el motivo por el cual Natacha se mostraba recelosa, no había llegado a entender a fondo lo que dijera su padre. Sólo sabía que habían discutido, lo que le disgustaba profundamente.

—¿Te parece que no he sido justa con tu padre?
—inquirió Natacha.

—No podría criticarte eso, puesto que yo tengo la culpa de todo lo que ocurre—contestó él, sin disimular su amargura—. Te he irritado, y tú le acusaste a él porque querías disculpar mi comportamiento. Me tratas con demasiada indulgencia, y lo cierto es que no lo merezco. Era necesario que surgiera un culpable, y creíste que debía serlo él. Sin embargo, no tiene culpa alguna, y sólo lamento que haya venido para esto. Nunca imaginó lo que iba a ocurrir, estoy seguro.

Vio Aliocha que la joven le observaba con tristeza, y volvió a desanimarse.

—Perdóname, no volveré a pronunciar una palabra. Tengo la culpa de todo.

—Lo único cierto, Aliocha es que tu padre se ha interpuesto entre tú y yo, y ha destruido nuestra felicidad, todas nuestras esperanzas de vida futura. Confías siempre en mí, y ahora, en cambio, acaba de llenar tu alma de desconfianza, hasta el punto que me acusas y recelas de mí. Sé que me ha robado buena parte de tu cariño.

—Te suplico que no hables así, Natacha —manifestó el joven.

—Tu padre pone en juego una bondad fingida, una generosidad que no siente. Cuanto más tiempo pase, irá enfrentándose conmigo.

—No puede ser cierto eso, Natacha. Al decir que se había precipitado con lo nuestro, se hallaba desesperado. Estoy seguro de que mañana o pasado nos pedirá disculpas. De todos modos, si pretende oponerse a nuestra boda, puedes estar segura de que no le haré caso. Sacaré fuerzas de flaqueza. Además, sé quien puede ayudarnos. Katia puede hacerlo, y te darás buena cuenta de la muchacha ejemplar que es. Advertirás que no tiene intención de separarnos, que no rivaliza contigo. Has sido injusta al afirmar que soy de los que al poco tiem-

po de casados se olvidan de su esposa y no la aman. No sabes lo que me dolieron esas palabras tuyas. Creéme que no soy así. En realidad, al ir a casa de Katia con relativa frecuencia, era porque...

—No prosigas, Aliocha. No te impido que vayas cuando deseas, y no me refería a eso. Veo que no terminas de comprenderme. Es necesario que aceptes la dicha donde se te presente. Nunca podría exigirte más de lo que pudieras darme.

En ese momento se presentó Mavra y dijo:

—¿Sirvo el té, o no? El samovar hiere desde hace ya más de dos horas. Es casi medianoche.

La criada hablaba ásperamente, sin consideración alguna. Podía verse fácilmente que se hallaba malhumorada, enfadada con Natacha. La culpa de todo la tenía el estado de euforia en que había vivido unos días antes, desde el martes, al saber que su señorita, por la que sentía un afecto inmenso, iba a casarse dentro de poco. Ya había extendido la nueva por todo el edificio y por el vecindario, relatando que el príncipe era todo un personaje, un general considerablemente rico, que estuvo de visita en casa para pedir la mano de su ama personalmente, para su hijo. Todo eso, aseguró Mavra, lo había escuchado con sus propios oídos. Pero de repente, todo el castillo se venía abajo; el príncipe se marchaba indignado, y sin duda había sido su señorita la que tuvo la culpa de aquel suceso, ya que Mavra la oyó dirigirse al príncipe con muy poco tacto.

—Puedes servir el té —declaró Natacha.

—¿Traigo los entremeses? —preguntó Mavra.

—Sí, también.

—Con todos los preparativos que había hecho... —dijo la criada, refunfuñando—. Desde ayer estoy sin parar, yendo de un lado al otro. Hasta fui al Nevski a por vino. Y luego, después de tanto trajinar...

Sonrió Natacha y me miró extrañamente.

Con el té se sirvieron los entremeses, compuestos

por carne de caza, pescado y dos botellas de un estupendo vino que procedía de casa Eliseiev.

Me pregunté para qué habrían preparado aquellos manjares.

—¿Te das cuenta de cómo soy, Vania? —murmuró Natacha, con voz emocionada—. Sospechaba que iba a pasar esto, y sin embargo, tenía esperanzas de que ocurriría de otra forma. Esperaba que llegase Aliocha y que entonces haríamos las paces y comprobaría que mis sospechas no tenían fundamento. Por eso dije que preparasen una buena merienda. Había pensado que la reunión iba a ser prolongada.

La pobre muchacha parecía sumamente azorada. Aliocha tuvo uno de sus arrebatos de vehemencia.

—¿No te lo decía, Natacha? Hace dos horas ni siquiera creías seriamente en esas sospechas. Pero debemos aclarar esta situación. El culpable soy yo, de modo que me corresponde solucionar el asunto. Déjame que vaya en seguida a ver a mi padre, Natacha. Es menester que lo haga, pues he visto que se siente muy ofendido. Le daré toda clase de explicaciones, y sólo hablaré por mí mismo, sin mezclarle a ti para nada. Regresaré mañana temprano y no volveré a separarme de ti en toda la jornada. Además, no iré a ver a Katia.

Natacha no hizo nada por detenerle. Más bien le dijo que podía irse, si lo deseaba. Tras lo que había pasado, le daba miedo que Aliocha se quedase junto a ella varios días y llegase a aburrirse. Unicamente le rogó que no hablase nada en nombre de ella. Procuraba sonreír a toda costa a Aliocha. Este ya se marchaba, cuando regresó al lado de ella, le cogió las manos, y con infinita dulzura le dijo:

—Cielo mío, mi Natacha, no te disgustes conmigo. No debemos pelearnos jamás. Prométeme que creerás siempre lo que te diga, y yo también te creeré, igualmente. Mira, te voy a contar una cosa: un día reñimos tú y yo, aunque no recuerdo el motivo. Probablemente

tuve yo la culpa y no quise reconocerlo. Entonces anduve vagando por las calles, muy triste, sin ir a ver siquiera a mis amigos. No te puedes hacer una idea de lo que aquello pesaba en mi ánimo. Luego me puse a cavilar en lo que pasaría si caías enferma y te morías. Cuando pensé esto, me invadió una desesperación inmensa, como si en verdad te hubiese perdido definitivamente. Los pensamientos se me hacían cada vez más horribles y me atormentaban a todas horas. Incluso llegué a imaginar que me encontraba encima de tu tumba, que la rodeaba con mis brazos y que mi angustia era indescriptible.

»Imaginé que besaba la tierra que cubría tu tumba, y que te llamaba suplicando que salieras de allí, aunque sólo fuera un instante. Pedí a Dios de rodillas que hiciera el milagro de concederte nueva vida, para que de esa forma pudiera estrecharte entre mis brazos una vez más. Me parece que hubiese muerto de felicidad, de haber podido abrazarte en ese momento, como antes. Entonces pensé de improviso: «Estoy rogando a Dios que me la envíe por un momento, y en cambio, en los seis meses que estamos viviendo juntos, hemos reñido muchas veces, y nos hemos pasado muchos días sin hablar. Nos dejamos llevar por la ira, disputando durante jornadas enteras, desperdiциando nuestra dicha. Ahora pretendo que salga de su tumba por un momento, y sería capaz de dar la vida por lograrlo.» En cuanto pensé esto corrí a buscarte, y así he llegado aquí. Me estabas aguardando, y al darnos el abrazo de reconciliación te apreté fuertemente contra mí, como si realmente fuese a perderte. Por favor, Natacha, no volvamos a reñir. No imaginas el dolor que eso me produce. ¿Cómo crees, por un momento, que yo puedo abandonarte?

Las lágrimas corrían por el rostro de Natacha. Se dieron un beso, y Aliocha juró formalmente que estaría siempre al lado de ella. Luego corrió a casa de su pa-

dre, seguro de que todo se solucionaría del mejor modo posible.

— Todo ha concluido — me dijo luego Natacha, oprimiéndome con fuerza una mano —. Sé que me quiere, y que no dejará de quererme; sin embargo, también quiere a Katia, y no tardará en amarla más que a mí. El príncipe, ese hombre sin escrúpulos, no se quedará inactivo, y entonces...

— Estoy de acuerdo contigo en que el príncipe no procede rectamente, pero...

— Me he dado cuenta de que tú tampoco crees que es cierto lo que dije. Aguardemos, y podrás comprobar hasta qué punto tenía yo razón. No hice más que una generalización, pero sólo Dios sabe lo que tramará ese hombre. Durante el tiempo que estuve aquí sola, meditando, me he dado cuenta de los planes que tiene en la mente. Necesita aliviar a su hijo de la pena que le abruma, y relevarle de las obligaciones que yo le he creado. Trazó el proyecto de la boda con el fin de inmiscuirse en nuestras vidas, influyendo directamente sobre nosotros y conquistando a su hijo por medio de su fingida grandeza de alma.

La joven se expresaba con firmeza, aunque parecía seguir embebida en sus pensamientos.

— Tengo la certeza de que ocurre tal como yo pienso. Conozco bien a Aliocha, quien una vez casado diría: «Al fin es mi mujer, y para toda la vida». Sin darse cuenta había concedido más atención a Katia. Estoy bien segura de que el príncipe ha instruido debidamente a esa joven, al advertir que su carácter se adaptaba más al de Aliocha que el mío, y que podría cautivarle mejor que yo... Te aseguro, Vania, que ahora sólo deposito en ti mis esperanzas. El príncipe desea establecer amistad contigo. No se la niegues, y procura entrar en casa de la condesa, pues de ese modo te será posible conocer a Katia, la observarás bien y me dirás qué te parece. Trata de averiguar hasta dónde llega la amistad

que se profesan, y de qué hablan. Y por encima de todo, te pido que observes bien a Katia. Concédeme esta prueba de amistad, una vez más, querido amigo Vania. Sólo en ti puedo tener confianza.

Pasaba ya de la medianoche cuando volví a casa. Nelly me abrió la puerta, medio dormida. No obstante, me prodigó una sonrisa y me miró con gesto de contento. Le contrariaba haberse dormido, ya que hubiese preferido esperarme en pie. Me contó que se había presentado un señor preguntando por mí, y que después de estar un rato aguardándome se marchó tras dejar una nota sobre mi escritorio. La nota estaba firmada por Masloboiev, y en ella me decía qué pasara por su domicilio al día siguiente, a la una.

Tuve deseos de interrogar a Nelly, pero resolví dejarlo para el día siguiente, y le dije que se fuera a acostar, ya que la pobre apenas podía contener el sueño.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente Nelly me contó algunos detalles singulares acerca de lo ocurrido el día anterior. Ya resultaba sorprendente la visita de Masloboiev, sabiendo él que yo no estaría en casa a tales horas, como le había dicho. Nelly dijo que al principio no quería abrir, ya que eran las ocho de la noche y tenía miedo. Pero Masloboiev le rogó que abriera, pues si no me dejaba una carta, aseguró me ocurriría un grave percance al día siguiente. Por fin la chiquilla le dejó entrar, escribió él la nota, y luego fue a sentarse en el sofá, junto a Nelly.

— Me levanté del diván — manifestó la niña —. No quería contestarle porque tenía miedo. Aseguró que la señora Bubnova estaba muy enfadada, pero que no se atrevería a ir a buscarme allí. Después me habló de usted; dijo que era muy bueno y que se conocían casi desde niños. Entonces ya empecé a hablarle. Me dio unos caramelos y me pidió que cogiese alguno, pero no quise. Aseguró que no era malo, que sabía cantar y bailar muy bien, y para demostrármelo comenzó a bailar en medio de la habitación. Resultaba muy divertido. Se empeñó en esperarle a usted; trató de quitarme el miedo y me pidió que me sentara junto a él. Le obedecí, pero sin decirle nada. Él seguía hablando y me contó que conoció a mi madre y a mi abuelo. Estuvimos charlando los dos. Se quedó aquí casi dos horas.

— ¿De qué estuvisteis hablando?

— De mamá, de la señora Bubnova, del abuelo. Creo que estuvo unas dos horas, antes de marcharse.

Me dio la impresión de que la pequeña no deseaba contarme lo que habían estado hablando, y no quise importunarla con más preguntas. Ya me enteraría después por el mismo Masloboiev. Era lógico pensar que hizo la visita esperando encontrar sola a la chiquilla. ¿Qué motivos tendría?

Riéndose, Nelly me mostró los caramelos que le había dado Masloboiev. Estaban envueltos en papel rojo y verde, y no eran de buena calidad. Probablemente los compró en la tienda de la esquina.

— ¿Por qué no te los comiste? — le pregunté a Nelly.

— No me gustan — repuso ella, arrugando el entrecejo —. Yo no los cogí, pero él los dejó en el diván.

Como ese día yo tenía bastantes cosas que hacer, dije adiós a la niña.

— ¿Te aburres cuando te quedas sola, Nelly? — le pregunté cuando iba a salir.

— A veces. Sobre todo lo siento cuando usted está mucho tiempo fuera de casa.

Al decir esto me miró con afecto, como lo había hecho desde que nos levantáramos esa mañana. Pero a mismo tiempo se mostraba reservada, tímida, como si no quisiera llevarme la contraria, por temor a perder mi aprecio. Tampoco parecía querer mostrarse demasiado comunicativa.

— ¿Y qué haces cuando te aburres? — le contesté sonriendo a causa del mucho cariño que le había tomado.

— Pues... hago una cosa — contestó sin dejar de sonreír, visiblemente turbada.

— Es un secreto, ¿verdad? — dije yo.

— Bueno, no... Cuando me quedo sola, lo que hago es leer su libro — declaró en voz muy baja, alzando la mirada y observándome llena de rubor.

— Eso me parece muy bien — repuse —. Bueno, ¿qué

te ha parecido mi libro — le dije, y sentí la tentación de darle un beso, pero me contuve y no lo hice.

— ¿Por qué se muere? — preguntó muy triste, y tras mirarme brevemente, bajó la vista, de nuevo cohibida.

— ¿Quién?

— El joven de su libro. Ese que está enfermo del pecho.

— No había más remedio. El argumento exige que suceda de esa forma.

— No, no era necesario — dijo ella, con voz apenas audible. Luego en su rostro apareció una expresión de enfado. La chiquilla siguió mirando tozudamente al suelo.

Pasaron unos segundos.

— ¿Y ella? Es decir, ellos... la chica y el viejo — murmuró, mientras me tiraba con fuerza de la manga —. ¿Vivirán juntos? ¿Seguirán siendo pobres?

— No, pequeña. Ella terminará por casarse con un propietario; pero el anciano se quedará solo — repuse lleno de pesadumbre, porque no podía decirle nada más agradable.

— ¡Qué pena! Entonces no quiero terminar de leer su libro.

Soltó mi mano y me volvió la espalda. Después acercóse a la mesa y allí se quedó con la cabeza gacha, respirando afanosamente.

— ¿Por qué te enfadas así, Nelly? — le dije, y me aproximé a ella —. Ten en cuenta que lo que digo en mi libro no ocurre de verdad, sino que es imaginario. No debes disgustarte. Eres demasiado sensible.

— No, si no estoy enfadada — respondió tímidamente, mirándome con gesto más apacible.

Inmediatamente se apoderó de mi mano, apoyó la cabecita en un hombro y se echó a llorar. Al momento, sin embargo, comenzó a reírse, a pesar de que las lágrimas aún resbalaban por sus mejillas. Yo también me sentía contento y triste a la vez. La chiquilla no

quería mirarme, y aunque traté de apartarle la cabeza de mi hombro, ella apretaba con más fuerza, sin dejar de reír.

Por fin tuve que terminar con aquella pequeña escena sentimental, y le dije adiós, pues tenía prisa. Aún turbada, con las mejillas ardiendo, Nelly corrió tras de mí hasta la escalera y me pidió que volviese pronto. Le dije que lo haría en cuanto pudiera; antes de la comida, de todos modos.

En primer lugar me dirigí hacia la casa de los padres de Natacha. Los encontré enfermos a los dos, especialmente a Ana Andreievna. Su marido se encontraba en su cuarto y sin duda me oyó llegar, pero estaba seguro de que, como solía hacerlo, primero dejaría que hablásemos Ana Andreievna y yo, y aproximadamente un cuarto de hora más tarde saldría de su habitación.

Conté a la pobre mujer lo sucedido en casa de Natacha, la velada anterior, pero con objeto de no apenarla excesivamente, suavicé el relato todo lo que pude. Me sorprendió bastante, el que a pesar de la natural aflicción, Ana Andreievna no se mostrase excesivamente asombrada cuando le anuncie que había una posibilidad de ruptura.

— Ya lo suponía — declaró llena de tristeza —. En cuanto te fuiste el otro día, y pensé un momento en lo que me habías dicho, me di cuenta de que la boda no se realizaría. Lo tenemos bien merecido, a los ojos del cielo. Por otra parte, de un granuja como ese hombre nada bueno podíamos esperar. A nosotros, que nada le hemos hecho, nos quita diez mil rublos, lo que no es una suma despreciable. No vacila en dejarnos sin pan con tal de poder vender nuestra hacienda. Mi hija hace muy bien al no confiar en él. Por otra parte — dijo, bajando mucho la voz —, mi marido está en contra de ese matrimonio. A toda costa quiere impedirlo. Creí que era sólo por hablar, pero ahora me he dado cuenta de que va en serio. ¿Qué le pasará a mi pobre hija? Su pa-

dre va a maldecirla para siempre, Vania. Y a todo esto, ¿qué dice Aliocha?

Como de costumbre me hizo unas cuantas preguntas, y a cada contestación que le daba, suspiraba y se quejaba. Ana Andreievna no se encontraba bien de salud, últimamente, y cualquier nueva desagradable le causaba honda impresión. Las penas que le producía su hija le echaban a perder aún más la salud.

En ese momento se presentó en la habitación Nicolás Sergueitch, que llegaba en bata y zapatillas. Dijo que se sentía febril, pero miró a su mujer tiernamente. Durante los momentos que estuve al lado de ellos la atendió solícitamente, como una niñera lo hace con una criatura. Estaba muy asustado al verla enferma. Se daba cuenta de que si la perdía, todo habría acabado para él.

Casi una hora estuve con los dos ancianos. Cuando me marchaba, Nicolás Sergueitch me acompañó hasta el vestíbulo y me preguntó por Nelly. Había resuelto tenerla en casa, como si fuera una hija. Preguntó de qué forma lograríamos convencer a Ana Andreievna para que aceptase a la chiquilla. Quiso saber acerca de ella, y me preguntó si había hecho más averiguaciones sobre su caso. Entonces le dije brevemente lo que sabía. Me di cuenta de que mi relato le había impresionado.

— Tenemos que volver a hablar de este asunto — afirmó resueltamente —. En cuanto me sienta mejor iré a verte y nos decidiremos.

Daban las doce cuando llegué a casa de Masloboiev. Recibí una gran sorpresa cuando vi que el príncipe se estaba poniendo el gabán en el vestíbulo, ayudado solícitamente por Masloboiev. Estaba al corriente de que mi viejo amigo conocía al príncipe, pero no esperaba hallarle en su casa.

El padre de Aliocha pareció algo contrariado al verme, pero dijo con exagerada amabilidad:

— Vaya, es usted... ¡Qué encuentro más inesperado! Justamente acabo de enterarme de que usted conocía al

señor Masloboiev. Tenía deseos de verle. Un día de estos pasaré por su casa, si me lo permite. Debo pedirle que me ayude a poner en claro lo que está sucediendo. Bueno, imagino que se da cuenta de que estoy hablando de lo ocurrido ayer. Es usted amigo de mi hijo y de ella, y está al corriente de todo. Siento de verdad no poder ir a verle inmediatamente, pero ya sabe lo que son los negocios. En fin, no estaré mucho tiempo sin pasar por su casa, se lo aseguro.

Estrechó mi mano con excesiva cordialidad, a mi entender. Cambió una mirada con Masloboiev y en seguida se marchó de la casa.

En cuanto mi amigo y yo estuvimos a solas, pasamos adentro y le dije con ansiedad:

— Por favor, te ruego que me expliques...

— Imposible. No puedo decirte nada — me interrumpió Masloboiev, y después de coger rápidamente su gorra, volvió otra vez al vestíbulo, mientras agregaba —: Tengo muchas cosas que hacer. Me marcho.

— Sin embargo, me dijiste que viniera a verte este mediodía.

— Es cierto, ayer te escribí, pero por otra parte a mí me han escrito hoy, y pasa algo tan serio que hasta la cabeza me da vueltas. Lo siento, Vania, pero me están esperando. Lo único que puedo decirte es que merezco una paliza por haberte molestado sin motivo. Si tienes deseos de vengarte, pégame, pero date prisa, pues tengo que irme en seguida.

— No; nada sacaría pegándote. Si tienes prisa, márchate. A cualquiera puede salirle un asunto imprevisto. Sin embargo...

— Escucha, de todos modos, tengo que hablarte — declaró, mientras se colocaba el gabán rápidamente, haciendo yo lo mismo —. Debo hablarte de algo importísimo que se relaciona con tus intereses. Ese fue el motivo de que te hiciera venir; pero en unos segundos no puedo referírtelo. Te ruego que vuelvas a casa esta

noche a las ocho precisamente, y con toda puntualidad. Estaré aguardándote.

— ¿Justamente a las ocho? — repuso, vacilando —. Tenía intención de ir...

— Vete ahora a ese lugar, y regresa aquí a la hora que te dije. Es algo que te asombrará, Vania.

— Por lo menos, adelántame algo. Has suscitado mi curiosidad.

Cuando ya estábamos en la calle, Masloboiev me preguntó:

— ¿Puedo contar contigo, a esa hora?

— Desde luego.

— No, debes darme tu palabra.

— Eres muy especial. Bueno, te lo prometo.

— Perfectamente. Y ahora, ¿a dónde te diriges?

Señalé hacia la derecha y contesté:

— Voy por ahí.

— Y yo por ese otro lado — declaró, señalando hacia la izquierda —. Hasta pronto, Vania, y no te olvides: esta noche, a las ocho.

Cuando se iba alejando, pensé: «¡Qué raro es todo esto!»

Había decidido ir a ver a Natacha precisamente a la hora en que me citara mi amigo. Por consiguiente, resolví ir a visitarla inmediatamente. Esperaba hallar a Aliocha, y vi que no me había equivocado. El joven se alegró mucho de verme. Estaba muy cariñoso y considerado con Natacha, y ella trataba de aparentar alegría, por más que se le notaba que lo hacía forzadamente. La vi muy pálida, con aspecto enfermizo. Seguramente había dormido mal la noche anterior. De todas formas, observé que se mostraba más cariñosa que de costumbre con Aliocha.

El joven hablaba sin cesar, y parecía querer alegrar a Natacha, hacerla sonreír con algo más de naturalidad. Trataba de no hablar de Katia y de su padre. Seguramente había fracasado la tentativa de reconciliación.

Cuando Aliocha salió para decir algo a Mavra, Natacha lo aprovechó y me dijo:

— Sé que desea marcharse, pero no se atreve a hacerlo. Yo tampoco quiero forzarle a que se quede, pues entonces lo haría contra su voluntad. No puedes imaginar el temor que tengo de que llegue a aburrirse junto a mí, y que deje de quererme. ¿Qué me aconsejas, Vania?

— ¡Dios mío, qué forma de complicaros la vida! — repuso —. No dejáis de espiaros los unos a los otros. Más vale que habléis con franqueza, y lo aclaréis todo de una vez. Tal como van las cosas, terminará aburriéndose.

— Es que no sé qué hacer — dijo Natacha, llena de inquietud.

— Aguarda, trataré de arreglarlo.

Me encaminé a la cocina con la disculpa de que quería que Mavra me limpiara los chanclos, que estaban llenos de barro.

Natacha me dijo:

— Ten prudencia, Vania.

Al verme entrar, Aliocha se acercó a mí como si estuviera esperándome impaciente.

— Querido amigo Vania, le pido que me ayude en esta delicada circunstancia. Prometí ayer que iría a ver a Katia a estas horas. Amo a Natacha de todo corazón, y hasta sería capaz de morir por ella, pero tampoco estaría bien que abandonase a Katia para siempre.

— En tal caso, márchese.

— Entonces Natacha se disgustaría. Por favor, ayúdeme a salir de aquí.

— Lo mejor que puede hacer es marcharse. Ya sabe cómo le quiere Natacha. Si sigue usted aquí, ella se apenará al darse cuenta de que está a la fuerza. Más vale actuar con sencillez. Acompáñeme, voy a ayudarle.

— Es usted un excelente amigo.

Entramos los dos en la sala, y poco después dije a Aliocha:

— He visto a su padre hace un momento.

— ¿Dónde? — preguntó inquieto.

— Fue un encuentro casual, en la calle. Me prometió que nos veríamos con más frecuencia. A propósito, desea verle lo antes posible para comunicarle algo urgente.

— Entonces, vete corriendo a buscarle — manifestó Natacha, dándose cuenta de mis intenciones.

— ¿Dónde puedo encontrarle ahora? — inquirió él —. ¿En su casa, quizás?

— Recuerdo que dijo que iría a ver a la condesa.

— La verdad, no sé qué hacer — dijo ingenuamente el joven, mirando a Natacha.

— No hay ningún problema. Debes ir, pues no deseo que abandones a tus amistades para dejarme contenta. Sería un recurso infantil, e incluso quedarías muy mal con Katia. Puesto que sois amigos, no podéis romper las relaciones sin más ni más. Además, me ofenderías si creyeras que mis celos llegan a tal extremo. Anda, cariño, vete en seguida a buscar a tu padre. Así también le tranquilizarás a él.

— ¡Natacha, ángel mío! Valgo menos que tu dedo meñique! — exclamó Aliocha, muy contento, aunque arrepentido a la vez —. Eres muy buena, mientras que yo... Sí, debes saberlo, he rogado a Iván Petrovitch que me preste su ayuda para poder irme de aquí, y se le ocurrió este procedimiento. Perdóname, vida mía, pero no creas que la culpa es toda mía. Te amo mil veces más que a cualquiera. Pero, se me ocurre una idea; voy a contar a Katia lo que ocurrió en esta casa ayer, y le diré cómo están las cosas actualmente. Ya encontrará ella alguna forma de salvarnos, pues la tenemos totalmente de nuestra parte.

— Entonces, no te retrases más — dijo Natacha, sonriendo —. Creo que me gustará conocer a Katia. ¿Será posible arreglar una entrevista?

La propuesta de Natacha llenó de gozo al joven, que

inmediatamente comenzó a hacer toda clase de proyectos. Le pareció muy sencillo solucionarlo, tratándose de Katia. Habló lleno de ardor y aseguró que volvería con la contestación de su amiga en un par de horas, quedándose con Natacha el resto de la velada.

— ¿De verdad que vendrás? — le preguntó Natacha, cuando le acompañaba a la puerta.

— Desde luego. Adiós, Natacha, adorada mía. Adiós, Vania. Oh, perdóneme esta familiaridad. Mire, Iván Petrovitch, ya que somos muy amigos, podíamos tutearnos.

— Por mi parte, encantado.

— Muchas veces pensé en decírselo, pero no terminaba de decidirme. ¿Lo ve?, ya estoy tratándole de «usted» de nuevo. Es que no resulta tan fácil tutejar a una persona. Tolstoi describe magníficamente una escena de este tipo. Dos personas resuelven tutearse, pero no se deciden, y evitan las frases en que deben usar los pronombres. Sí, Natacha, tenemos que leer de nuevo *Infancia y Adolescencia*. Es un libro magnífico.

— Está bien — dijo ella, riéndose —, pero ahora es mejor que te marches.

Pero el gozo del joven le hacía hablar sin tasa, retrasando su marcha.

— Sí, sí, adiós — manifestó al fin —. Estaré aquí dentro de un par de horas.

Y tras besar la mano de Natacha se marchó apresuradamente.

— ¿Te das cuenta, Vania? — musitó Natacha, y se echó a llorar amargamente.

Permanecí a su lado casi dos horas, procurando que se serenase. Por fin lo conseguí. Me di cuenta de que las aprensiones de la joven estaban plenamente justificadas. Sentía oprimírsele el corazón cuando pensaba en la situación en que se hallaba. Sin embargo temía no poder hacer nada por ella.

Es cierto que Aliocha no había dejado de quererla;

por el contrario, parecía amarla cada vez con mayor pasión. Pero no cabía duda de que otro amor se estaba abriendo paso en su corazón, no menos firmemente. No resultaba fácil adivinar en qué podía terminar aquello. Hasta yo sentía curiosidad por conocer a Katia, y pedí a Natacha que me la presentaran a su debido tiempo.

Poco antes de marcharme, Natacha casi había olvidado sus pesares, lo que conseguí hablándole de Nelly, de Masloboiev y la Bubnova, así como del encuentro con el príncipe cuando fui a casa de Masloboiev, y de la entrevista que tenía con mi amigo para las ocho de esa tarde. La joven dio muestras de estar muy interesada. Casi no dijo nada de sus padres, y omití lo de la visita de Nicolás Sergueitch y su intención de batirse en duelo, ya que ello podía aumentar las preocupaciones de Natacha.

Se asombró bastante al saber que el príncipe y Masloboiev se conocían. En cuanto a los deseos de aquél de afianzar su amistad conmigo, resultaban naturales, teniendo en cuenta la situación.

Regresé a casa a las tres, y Nelly me acogió con gozoso semblante.

CAPÍTULO VI

Llegué a casa de Masloboiev a la hora convenida, y me recibió lleno de alegría y prodigándose fuertes abrazos. Noté que se encontraba algo bebido, aunque lo que más me llenó de asombro fue ver todo lo que había preparado para recibirme. Sobre una mesa cubierta con un espléndido mantel, se hallaba hirviendo un samovar de cobre dorado. El servicio de té era de cristal, plata y porcelana, y relucía bajo la luz. Había otra mesa en la que se veía un gran surtido de golosinas de todas clases: bombones, dulces y jarabes de Kiev, mermeladas, frutas escarchadas, nueces, avellanas y almendras, además de naranjas y manzanas.

Otra mesa, cubierta con un mantel inmaculadamente blanco, presentaba entremeses de una variedad abrumadora: caviar, quesos, empanadillas, salchichón, jamón ahumado, pavo trufado, y numerosas botellas de licores excelentes con etiquetas de hermosos colores: verdes, ambarinas, rojas, doradas. Por último, en un rincón había un velador con dos recipientes en los que se refrigeraban dos botellas de champaña. A un lado de los recipientes se veían tres botellas de las más costosas de la bodega de Eliseiev. Una era de Sauternes, otra de Lafitte, y la última de un excelente coñac.

Ante la mesa del té se encontraba sentada Alejandra Seminiovna. Se había arreglado con encantadora sencillez, aunque su vestido era el resultado de un cuidadoso estudio. Se daba cuenta de lo que le sentaba bien, y no

disimulaba su satisfacción. Cuando entré en la habitación, se levantó y me recibió con ademán solemne. Su fresco semblante reflejaba una gran alegría.

Por su parte, Masloboiev vestía una elegante bata, lucía camisa inmaculada y se calzaba con unas hermosas babuchas chinas. Sus gemelos dorados resplandecían cuando movía las manos. Iba peinado a la moda, con la raya a un lado, como se usaba en esos días.

No pude disimular mi asombro, y me quedé inmóvil en el centro de la habitación, con la boca abierta, mirando un poco a Masloboiev y otro poco a Alejandra Seminiovna, que parecía cada vez más satisfecha.

— Pero, ¿qué ocurre aquí? ¿Vas a dar una fiesta esta noche? — inquirí, estupefacto.

— De ningún modo; sólo te esperábamos a ti — respondió él, seriamente.

— En tal caso, ¿a qué viene todo esto? — manifesté, al tiempo que señalaba las mesas cubiertas de manjares —. Hay aquí alimentos para todo un regimiento.

— Y por encima de todo, hay buenas bebidas. Te olvidabas de lo más importante.

— Entonces, ¿has puesto todo esto para mí?

— Y para Alejandra Seminiovna. Esto es precisamente obra de ella.

— Ya me lo temía — terció la joven, sin disimular en el fondo su satisfacción —. Acoge una a un invitado como es debido y a pesar de ello se lo reprochan.

— Cuando supo que ibas a venir, comenzó a prepararlo todo desde la mañana. Se tomó un trabajo enorme.

— ¿Está mal recibir bien a las visitas? No viene a vernos nadie, a pesar de que tenemos de todo. Al menos, que la gente distinguida advierta que sabemos vivir.

— Descuida, mi amigo se dará cuenta de lo encantadora que eres — dijo Masloboiev —. Yo mismo, Vania, he formado parte del arreglo doméstico. Me hizo poner

esta camisa de holanda, bordada por ella, y gemelos, babuchas, y una lujosa bata. Hasta me peinó con una pomada que huele a bergamota. Luego quiso perfumarme con una costosa esencia, pero me rebelé e hice sentir todo el peso de mi autoridad de marido.

— La pomada no es de bergamota, sino una pomada francesa que venden en jarritos de porcelana — aclaró ella —. Sea usted nuestro juez, Iván Petrovitch. Jamás me lleva al teatro ni a los bailes, me regala bonitos vestidos, y debo conformarme con ponérmelos y pasear sola por este cuarto. Después de mucho rogarle, el otro día consintió en llevarme al teatro. Ibamos a salir, y me estaba poniendo el chal, cuando él abrió el aparador y se tomó una copa, siguió luego otra, y otra, hasta que no pudo tenerse en pie. Nadie nos viene a ver. De vez en cuando, se presenta una persona a tratar de negocios, pero él no quiere que me entere de nada. Nuestro samovar es magnífico, la vajilla espléndida, y todo son regalos que nos han hecho. Lo único que compramos son las bebidas, pues los embutidos, el jamón y los dulces nos los regalan. Me paso el tiempo pensando que alguien vendrá a visitarnos, y podremos enseñarles todo lo que tenemos. Pero no viene ni un alma. No sé cómo me he molestado en peinar a ese patán. De nada vale. ¿No cree que la bata es demasiado elegante para él? Bah, lo único que le gusta es beber. Antes del té me pedirá vodka, ya verá usted.

— Vaya, tiene razón. Vamos a beber, Vania. Primero una copa de anís, y luego otra de coñac. Después, ya entonados, probaremos otras bebidas.

— ¿No se lo decía?

— Tú descuida, querida; beberemos té con coñac, a tu salud.

— ¡Lo único que faltaba! — exclamó Alejandra Seminiovna —. Un té imperial, de a seis rublos la libra, que le regaló un comerciante, y va a estropearlo echándole

coñac. No le haga caso, Iván Petrovitch. Le serviré yo, y verá cómo no ha probado nunca nada igual.

La pobre mujer pensaba que iba a estar con nosotros toda la velada. Se pasaba el año esperando visitas en vano, y mi presencia satisfacía sus anhelos. Por desgracia, no entraba en mis planes quedarme allí.

Tomé asiento y dije a mi amigo:

— Escucha, Masloboiev, no he venido de visita. Tengo que hacer, y me dijiste que tenías algo que comunicarme.

— Bueno, aunque se trate de negocios, eso no impide que bebamos como amigos.

— A las nueve y media debo irme. Me esperan precisamente a esa hora.

— ¿Serás capaz de desairarnos de esa forma? Mira a Alejandra Seminiovna, no sabe qué decir, la pobre. ¿He consentido en ponerme pomada en el pelo para esto? Piensa en mi sacrificio, huelo a bergamota.

— Eres un bromista, Masloboiev. Pero mira, prometo a Alejandra Seminiovna que vendré a comer con vosotros el próximo viernes, por ejemplo. Hoy, sin embargo, me resulta imposible quedarme. Debo ir a ver a cierta persona. De todos modos, te ruego que me digas lo que pensabas comunicarme.

— Entonces, ¿sólo se quedará hasta las nueve y media? — preguntó Alejandra Seminiovna, poniendo ante mí una taza de fragante té. Parecía a punto de echarse a llorar.

— Habla en broma, mujercita mía. Ya verás cómo se queda hasta más tarde. Dime, Vania. ¿Cómo puedes pasarte la vida corriendo de un lado para otro? De esa forma se explica que no te quede tiempo para trabajar.

— Dejemos eso de lado. Ya te lo contaré en otro momento. Ahora explícame por qué fuiste anoche a casa. Tú sabías que no iba a estar allí.

— Es verdad que lo sabía, pero no me acordé de ello hasta que entré en tu casa. Quería hablar contigo.

En realidad, iba a satisfacer una petición de Alejandra Seminiovna, que a cada momento me repetía: «Al fin tienes un amigo; debes invitarle a que venga». Por lo tanto recurrió al truco de decir que si no venías te ocurriría algo serio.

Le pedí que no utilizase conmigo semejantes tretas, y que me hablase con sinceridad. Además, la explicación no llegó a satisfacerme.

— ¿Por qué te marchaste hace poco? — inquirí.

— Tenía mucho que hacer. Te aseguro que no miento nunca — me contestó Masloboiev.

— ¿Algo relacionado con el príncipe, posiblemente? — insistí yo.

En ese momento entró de nuevo en la conversación Alejandra Seminiovna, que sin duda esperaba desde hacía un buen rato mis elogios.

— ¿Qué le parece nuestro té? — preguntó.

— Es sencillamente exquisito — repuse —. Jamás he probado un té mejor que éste.

La mujer se apresuró a servirme otra taza, sin disimular su inmensa satisfacción.

— ¿Hablas del príncipe? — manifestó Masloboiev —. Vaya truhán sin escrúpulos que es ese hombre. Te voy a decir una cosa, no es que yo sea un cándido, pero en cuanto a decencia, no quisiera ser como es él. En fin, más vale callarse, es todo lo que puedo decirte.

— ¿Cómo es eso? Si precisamente he venido a pedirte que me informes acerca de él. Bien, lo dejaremos para una ocasión más propicia, pero sí desearía que me dijeras con qué objeto fuiste ayer a casa, mientras yo estaba fuera, a llevar caramelos a la pequeña Elena y a bailar delante de ella. ¿Qué le dijiste en las dos horas que estuviste allí?

— Elena es una pequeña de once o doce años, que vive de momento en casa de Iván Petrovitch — declaró rápidamente Masloboiev, dirigiéndose a Alejandra Seminiovna. A continuación señaló con el índice a su mujer

y me dijo —: Observa, Vania, mira qué cara ha puesto, al saber que he regalado caramelos a tu chiquilla. Fíjate cómo tiembla de coraje, y esos ojos, que parecen dos brasas. Tienes celos, Alejandra Seminiovna, no puedes negarlo. De no haberle explicado que era una niña de once años, me hubiera arrancado los pelos. ¡Ni la bergamota hubiera bastado para ponerme a salvo!

— ¡Y no te salvará!

Y diciendo esto, dio ella un salto, echóse sobre mi amigo y cogiéndole por sorpresa del pelo, comenzó a darle fuertes tirones.

— ¡Así! ¡Toma! Aprende a decir ante las visitas que tengo celos!

Estaba acalorada, y aunque bromeaba, mi amigo se vio zarandeadó con violencia.

— Es un redomado mentiroso — agregó ella, ya más tranquila y hablando conmigo.

— Este es mi sino, Vania, ya lo ves. Ahora no habrá más remedio que reponerse con un poco de vodka — manifestó mi amigo, con tono de urgencia.

Mientras decía esto se alisaba el pelo con la mano y cogía la botella de vodka. Alejandra Seminiovna, no obstante, se le adelantó. Apoderóse de la botella, le sirvió una copa muy pequeña, y después le dio un golpecito cariñoso en una mejilla. Masloboiev me guiñó un ojo, dio un chasquido con la lengua, y se tomó la bebida despacio. Después se sentó a mi lado, en el diván, y declaró:

— Por lo que se refiere a los caramelos, no resulta fácil de explicar. No sé dónde los adquirí ni el motivo que me impulsó a hacerlo. Me sentía contento, es decir, había bebido algo más de la cuenta. Quizá lo hice para contribuir al desarrollo de la industria nacional, pero no podría asegurarlo. Lo que sí recuerdo es que cuando iba por la calle me caí en el barro. Me tiré del pelo una y otra vez, diciéndome que no valía para nada. No me acordaba de los caramelos, y éstos aún seguían en mi

bolsillo cuando al sentarme en el sofá de tu casa, los sentí en el pantalón. Lo del baile es consecuencia de lo mismo; cuando bebo me suele dar por bailar. Por otra parte, la huerfanita me daba pena y, como no quería hablarme y parecía disgustada, me puse a bailar para que se alegrase un poco.

— Aunque es posible que lo hicieras para que te dijese algo que te interesaba saber, ¿no es cierto? Estuviste casi dos horas con ella, y sé que le dijiste haber conocido a su madre.

Masloboiev me guiñó de nuevo un ojo y sonrió con gesto apicarado.

— Vaya, no has pensado mal — repuso —, pero a pesar de todo te has equivocado. Mira, amigo mío, aunque muchas veces estoy bastante alegre, ten la seguridad de que Filipp Filipitch no querrá engañarte con mala intención.

— ¿Lo hará entonces de buena fe?

— No, tampoco. Pero eso son minucias. Tomemos otra copa y vayamos a nuestro asunto.

Después de tomar su bebida, prosiguió diciendo:

— En realidad, la cosa no tiene importancia. Esa mujer, la Bubnova, carece por completo de derechos para retener a la niña, según me he informado. No la había adoptado, ni nada por el estilo. Como la madre le debía algún dinero, la Bubnova se quedó con la chiquilla. Es muy astuta esa mujer, pero como todas las de su clase, a veces obra como una verdadera imbécil. La difunta tenía sus documentos en regla, de modo que la cosa está bien clara. Elena puede quedarse en tu casa, al menos por ahora, pues sería mejor que viviese con una buena familia que pudiera educarla. La Bubnova no podrá hacer absolutamente nada. En cuanto a la madre de la niña, únicamente he averiguado que era viuda y que se apellidaba Salzman.

— Sí, eso es lo que me dijo la pequeña.

— Otra cosa, Vania; debo rogarte que me hagas un

favor — agregó con tono solemne —. Te pido que me cuentes con todo detalle en qué te ocupas, a dónde vas, dónde pasas tu tiempo. Algo sé de eso, pero necesito enterarme de todo.

La forma en que dijo esto me dejó asombrado, obli-
gándome a reflexionar. En seguida contesté:

— ¿Por qué te interesa eso? Me preocupa el tono tan serio que adoptas.

— No divaguemos, Vania. Sólo quiero hacerte un favor. Si tuviera una segunda intención lo averiguaría todo sin necesidad de preguntártelo a ti. Cuando hablo con este tono es porque pienso en tus intereses, más que en los míos. Entonces, no desconfíes de mí y responde sinceramente.

— ¿Qué favor pretendes hacerme? Dime por qué no quieres hablarme del príncipe, Masloboiev. Preciso informes acerca de él. Justamente en ti había pensado para que me los proporcionaras.

— Bueno, en cuanto al príncipe, te diré todo lo que sé. Y por mi parte, también tenía intenciones de preguntarte lo que supieras de él.

— ¿Cómo es posible?

— Sí, he advertido que se mezcla algo en tus cosas, y me hizo preguntas sobre ti. Lo que realmente importa es que no te fies ni poco ni mucho de él, pues es traidor como Judas. Entonces, cuando advertí que se interesaba por ti, me acometieron los temores. Por tal razón te ruego que me digas todo lo que sepas, a fin de poder yo formarme una opinión. Esta y no otra es la razón de que te pidiera que vinieses a casa. Comprende que se trata de una cuestión de gran importancia. No puedo adelantarte nada más.

— Explícame al menos por qué debo prevenirme del príncipe.

— Me suelo ocupar de asuntos muy delicados, Vania, si la gente me los confía, es porque no acostumbro a hablar más de la cuenta. De modo que no te enfades si

no soy más explícito. Basta con advertirte que es un pillo redomado. En fin, dime tú primero lo que sepas de él.

Pensé que nada tenía que temer de Masloboiev. En cuanto a la historia de Natacha, tampoco había nada que ocultar, y que el tratar con mi amigo podía redundar en favor de la joven. Por consiguiente, le dije todo lo que sabía. Él me escuchó con gran atención cuanto le expliqué, y de vez en cuando me hizo algunas preguntas. Mi relato fue bastante detallado y se extendió durante cerca de media hora.

— ¡Cuanto vale esa muchacha! — exclamó Masloboiev, cuando hube concluido de hablar —. Aunque no llegó a adivinar todo lo relativo al príncipe, lo cierto es que se dio cuenta perfectamente del personaje con que estaba tratando, y decidió terminar con él. Es una mujer valiente. ¡Bebo a la salud de Natalia Nicolaievna!

Después de apurar su vaso, añadió:

— Aquí no sólo bastaba con tener talento, sino que era necesario ser decidido para no dejarse engañar. Y no le ha faltado el coraje. Ciento que la causa está perdida y que el príncipe logrará sus propósitos, y su hijo abandonará a la joven. Sin embargo, el que más lástima me da es el viejo Ikmániev, que se ve forzado a pagar diez mil rublos a ese desalmado. ¿No sabes quién le defendió en el juicio? Quizá se haya encargado él mismo de su defensa. Esas gentes con tanta nobleza de alma no llegan muy lejos. Con ese truhán había que obrar muy diferente. Yo pude haberle recomendado un abogado que...

Se interrumpió para descargar un fuerte puñetazo sobre la mesa.

— Y bien, ¿me vas a hablar del príncipe, de una vez por todas? — le pregunté.

— ¿Es que no se te ocurre otra cosa? No sé qué puedo contarte de él. Lamento haberle mencionado. Unicamente deseaba ponerte en guardia contra él, evitar que pudiera influir sobre ti. El que trata con ese individuo

corre un verdadero riesgo. De modo que ya lo sabes: ten cuidado. No sé cómo has pensado que iba a referirte algún secreto trascendental. Se nota que eres escritor, y que haces novelas. Al fin y al cabo, poco es lo que se puede decir de un granuja, si no es eso, que es un granuja. Pero escucha, te contaré una de sus aventuras. No puedes pedirme que dé fechas exactas, ni países, lugares o nombres de personajes. Debes saber que en su juventud, el príncipe se casó con la hija de un rico comerciante cuando tenía que vivir de su sueldo de funcionario. Jamás trató a su esposa con gran consideración, y el caso es que, gracias a ella, su marido vivió cómoda y despreocupadamente. Te daré otro ejemplo. El príncipe se marchó en una ocasión al extranjero, y entonces...

— Espera un poco, Masloboiev. ¿Cuál de sus viajes fue ese? ¿Cuándo tuvo lugar?

— Ocurrió hace noventa y nueve años y tres meses, justamente. El caso es que en esa ocasión raptó a una joven y se la llevó con él a París. Te contaré cómo sucedió. El padre de la muchacha era un fabricante o algo por el estilo; no lo sé exactamente, pues los hechos tuve que irlos deduciendo yo con detalles y datos sueltos. El príncipe llegó a negociar con el industrial, y le engañó, obteniendo de él determinados préstamos. Aunque el viejo poseía los documentos correspondientes, el príncipe decidió no devolverle ese dinero. En resumen, se había propuesto robarle, lisa y llanamente. La hija del fabricante era una gran belleza, a la que amaba con locura un seguidor de Schiller, un idealista que a la vez era poeta y comerciante; un alemán auténtico que se apellidaba Pfefferkuchen.

— ¿Así se llamaba?

— Bueno, así o algo parecido. Eso no tiene importancia. Lo cierto es que el príncipe consiguió atraerse la voluntad de la muchacha y ella terminó locamente enamorada de él. Dos eran las cosas que deseaba el príncipe:

una, los recibos de los préstamos que estaban en manos del anciano; la otra, la propia joven. Esta tenía en su poder las llaves de los cajones donde estaban guardados los recibos. El viejo quería a su hija tan profundamente que no deseaba que se casara con nadie, y tenía celos de sus pretendientes. Hasta llegó a echar de su casa a Pfefferkuchen, que por cierto era un inglés muy extraño.

— ¿Cómo, ahora es inglés? ¿No puedes decirme dónde sucedió todo eso?

— Lo de inglés ha sido para variar; tú en seguida te lo tomas todo a pecho. Esto ocurrió en Bogotá, o tal vez en Cracovia... Por más que quizás pasó en el Principado de Nassau, cuyo nombre figura en las etiquetas de agua de seltz. ¿Está claro? Lo cierto es que nuestro príncipe sedujo a la joven y se la quitó al padre, luego de haberle pedido que se apropiase de los recibos que deseaba. Observa los extremos a que puede llevar el amor. Esa muchacha era distinguida y honrada, aunque según parece no estaba al corriente de la importancia que poseen determinados documentos. Ella sólo temía que su padre la maldijera. El príncipe disipó los temores de la joven y le dijo que se casaría legalmente con ella. Por si fuera poco, aseguró que sólo estarían tres meses alejados de su padre, lo suficiente para que a éste se le pasara el enfado. Luego regresarían ya como marido y mujer, y serían todos muy felices el resto de sus vidas. Sin dudarlo más, la pobre ingenua se fugó. La maldijo su padre, y poco después su negocio dio en quiebra. Tanto quería el señor Frauenmilch a la joven, que lo dejó todo y se marchó a París, esperando encontrarla allí.

— Un momento, ¿quién es ese Frauenmilch? — pregunté yo desconcertado.

— Pues el pretendiente... Ese tal Feuerbach. ¿Se llamaba así? ¡Ah, ya recuerdo, era Pfefferkuchen. Como es de suponer, el príncipe no tenía intenciones de casar-

se. ¿Qué hubiesen dicho la condesa Khlestova o el barón Pomikine? Era necesario seguir engañando a la joven sin el menor escrúpulo. Incluso estuvo a punto de pegar a la muchacha. Más tarde invitó intencionadamente a Pfefferkuchen, el cual iba a verlos y se hizo amigo de la joven. Los dos se contaban sus cuitas y lloraban lamentándose de su mala suerte. Eran dos ingenuos, ya que el príncipe lo había tramado todo arteramente. Una noche los sorprendió juntos y armó un gran escándalo. Dijo que lo había presenciado todo con sus propios ojos, y acto seguido echó a los dos jóvenes a la calle, marchándose él tranquilamente a Londres. Ella dio a luz al poco tiempo a una niña; no, era un niño y le bautizaron con el nombre de Volodia, siendo Pfefferkuchen su padrino. Éste no poseía muchos fondos, pero se fue de viaje con la joven. Recorrieron Suiza e Italia, y esos países que se acostumbra visitar. No dejaba ella de llorar, y el joven se unía a su llanto. Transcurrieron algunos años, y el niño creció. Al príncipe le había salido todo bien menos una cosa: no logró recuperar la promesa escrita de matrimonio que había firmado. Cuando la arrojaba a la calle, ella le dijo: «Eres un villano; me has robado el honor y el dinero, y ahora me abandonas. Haz lo que quieras, pero no te devolveré el compromiso que firmaste. Y no creas que es porque deseo casarme contigo más adelante, sino porque sé lo mucho que te inquieta ese documento. Pero nunca se separará de mí».

«Por lo general, los canallas llevan las de ganar cuando tratan con gentes cándidas. Suelen embauclarlas con toda facilidad, y luego las tratan desdeñosamente, mientras que la víctima se aísla altivamente, en lugar de solicitar la ayuda de la ley. Así procedió la mujer, que decidió terminar con el príncipe y guardarse el documento. Sin embargo, el muy canalla sabía que ella se dejaría matar antes que utilizar el comprometedor compromiso. Por eso se sentía muy tranquilo. En cuanto a la mujer, comenzó a pensar en lo que le ocurriría a su

hijo si ella muriese. Bruderschaft trataba de consolarla y de darle ánimos leyéndole obras de Schiller. Hasta que un día Bruderschaft se puso enfermo y se murió...

— Estás hablando de Pfefferkuchen, no de Bruderschaft, ¿verdad?

— ¿Qué más da un nombre que otro? El caso es que ella...

— Di al menos cuánto tiempo estuvieron viajando los dos juntos.

— Doscientos años, ni uno más. Ella volvió a Cracovia, entonces su padre la rechazó, la maldijo, y la infeliz enfermó, mientras el príncipe se llenaba de contento. Bueno, es hora de que tomemos algo, amigo mío.

— Seguramente ha sido él quien te encargó que resolvieras ese asunto, ¿no es cierto?

— Si te interesa que sea así...

— Sin embargo, no entiendo qué pudiste hacer tú.

— En seguida te darás cuenta. Cuando ella volvió de su viaje, después de diez años de ausencia, con un nombre que no era el suyo, hubo que recoger innumerables datos, comprobar si era ella en realidad la que había vuelto, o si había muerto en todo aquel tiempo. Debía averiguar dónde estaba el niño, si la madre poseía documentos, y muchas cosas más. Bien, lo importante es lo que ya te he dicho. Debes cuidarte de ese individuo ruin. Por lo que se refiere a Masloboiev, no pienses que es otro bribón. Aunque tuviese algo de eso (y todas las personas tienen algo de pillo), ten la seguridad de que no trabajaba contra ti. Es cierto que soy un borrachín sin remedio; pero si alguna vez piensas que Masloboiev ha usado alguna artimaña contra ti, ten la seguridad de que lo hace sin mala intención. En realidad Masloboiev cuida siempre de ti, y no debes dejar que te confundan las sospechas. En tal caso, lo que debes hacer es venir a esta casa, y aquí hablaremos como dos hermanos. ¿Qué, otra cofta?

— No.

— ¿Prefieres comer algo?

— Tampoco, y perdóname, amigo.

— En tal caso puedes marcharte. Creo que ya se va haciendo tarde.

— ¿Es posible? — dijo Alejandra Seminiovna, casi a punto de llorar —. Primero se emborracha, y en seguida echa a los invitados. ¡Eres un desvergonzado!

— Mira, Alejandra Seminiovna; ahora nos quedaremos los dos solos y nos arrullaremos como dos tórtolos. Piensa que él es todo un general. Yo, en cambio, soy un infeliz. Mira mi aspecto. Bueno, Vania, perdóname. Te ruego que no me culpes, y que me dejes desahogarme un poco.

Me abrazó mientras derramaba abundantes lágrimas. Entonces me puse en pie, dispuesto a marcharme.

— ¡Qué pena, Dios mío! — exclamó Alejandra Seminiovna —. Pensar que tenía ya la cena preparada... Al menos, podemos contar con usted para el viernes, ¿no es cierto?

— Prometido, Alejandra Seminiovna.

— Quizá no le guste ver a su amigo borracho, pero no le desdene, Iván Petrovitch. Es buena persona y siente un gran afecto por usted. Le nombra muy a menudo, y hasta me compró la novela que usted ha escrito. Aún no he podido leerla, pero mañana mismo empezaré. Nos dará una gran alegría si viene a vernos. Aunque tenemos de todo, no nos tratamos con nadie ni viene nadie a vernos. He quedado encantada con la conversación que han tenido. No lo olvide, le aguardamos el viernes.

CAPITULO VII

Caminé de regreso a mi hogar rápidamente, impresionado por todo lo que Masloboiev me había contado. Las ideas daban vueltas en mi cabeza como un torbellino. Pero lo que no suponía es que al llegar a mi casa se produciría un acontecimiento que me conmovería profundamente.

Acababa de entrar en el portal, cuando una figura menuda se arrojó a mis brazos. Era una criatura trastornada, loca de espanto, que lanzaba quejidos desgarradores. La miré estremecido y vi que era Nelly.

— ¿Qué te ocurre, Nelly? ¿Qué pasa? — exclamé.

— Ese hombre... Ahí arriba... en casa...

— ¿Quién es? Está bien, ven conmigo.

— No, yo no voy. Espero aquí hasta que se marche... No quiero subir.

Un presentimiento me dominaba cuando ascendía las escaleras. Abrí la puerta, y en efecto, vi al príncipe. Éste se hallaba sentado ante mi mesa y parecía estar leyendo. Al menos, tenía un libro abierto delante de él.

— ¡Ah, Iván Petrovitch! — manifestó, gozosamente —. ¡Por fin aparece usted! Me disponía a marcharme, pues hace más de una hora que le estaba esperando. Prometí a la condesa que le llevaría esta noche a su casa, ya que está deseando conocerle. Tanto me ha rogado e insistido, que al fin decidí pasar por aquí para recogerle. Imagínese mi disgusto cuando la criada me dijo que usted estaba fuera. Se lo había prometido a la condesa,

y pensé que podía esperar un cuarto de hora. Abrí entonces su novela, y se me ha pasado el tiempo volando. Debo decirle que es una obra maestra. Creo que no le aprecian en todo su valor, Iván Petrovitch. Se me han saltado las lágrimas, ¿puede creerme? Y le seguro que no me suele ocurrir eso.

— Me encantaría poder acompañarle a casa de la condesa. Pero hoy, justamente...

— ¡Por Dios, no deje de venir! Usted no se da cuenta del compromiso en que me colocaría, de no acompañarme. Hace casi hora y media que le aguardo. Por otra parte, necesito hablar con usted. No sé si me comprende, pero quizás encontremos una solución. Venga conmigo, se lo ruego.

Me dije que antes o después tendría que ir a casa de la condesa. Natacha se encontraba sin compañía en esos momentos, y me necesitaba. Sin embargo, ella misma me aseguró que deseaba conocer a Katia cuanto antes. En consecuencia, resolví ir. Pero me preocupaba Nelly.

— Un momento, por favor — dije al príncipe.

Volví a salir a la escalera, y divisé a Nelly, a acurrucada en un oscuro rincón.

— ¿Por qué no quieras subir, Nelly? ¿Qué te ha hecho? ¿Te dije algo?

— No, no quiero... Tengo miedo... No quiero subir.

A pesar de mis ruegos no logré nada. Entonces le dije que en cuanto yo saliera con el príncipe, ella debía entrar, cerrando con llave por dentro.

— No dejes que entre nadie en casa, por mucho que te digan, ¿comprendes, Nelly?

— Sí, haré lo que usted me dice. ¿Se marcha con ese hombre?

— Sí.

Vi que la pequeña se estremecía. Luego me cogió una mano como si quisiera impedir que me fuera. No agregó nada más, y yo resolví preguntarle al día siguiente lo que le había pasado con el príncipe.

Pedí disculpas a éste, cuando estuve de nuevo en casa, y comencé a vestirme. Declaró que no era necesario que me arreglase demasiado para ir a casa de la condesa.

— Será mejor que se ponga algo fresco — agregó, observándome despacio, y pareció complacido al ver que me había puesto el frac.

Cuando salíamos, el príncipe agregó:

— Es muy rara esa sirvienta que tiene usted. Imagino que esa niña será su criada, ¿verdad?

— No. Sólo está en casa por una temporada.

— Pues sí, es una niña muy extraña. Cuando yo llegué, me contestó normalmente a todo lo que yo le pregunté. Después me observó un momento y de pronto se arrojó contra mí como una loca, temblando y gritando. Parecía querer decir algo, pero no podía. Le aseguro que llegó a asustarme. Ya iba a marcharme apresuradamente, cuando fue ella la que huyó. Me he quedado asombrado. ¿Cómo puede aguantarla?

— Está algo delicada. A veces sufre ataques de epilepsia.

— Eso lo explica todo. Si le dan esos accesos...

Pensé para mis adentros que tenía que haber alguna relación entre la visita de Masloboiev a Nelly el día anterior, su cita para las ocho y las continuas protestas que hizo, rogándome que no le creyese un malintencionado. Luego, el príncipe aguardando mi llegada durante hora y media, cuando suponía tal vez que yo me encontraba en casa de Masloboiev; Nelly, que huía de él. Todo eso, a mi entender, tenía una relación entre sí, y me obligaba a pensar detenidamente.

En la puerta se hallaba el coche del príncipe. Subimos y nos alejamos en él.

CAPÍTULO VIII

La casa de la condesa no estaba muy lejos. Se hallaba en el puente del Comercio. Ninguno de los dos hablaba, y me dije que cuando el príncipe iniciase la conversación, seguramente trataría de sonsacarme algo. No ocurrió así, y desde el primer momento planteó el asunto abiertamente.

— Le aseguro que hay algo que me preocupa bastante, en estos instantes, Iván Petrovitch — comenzó diciendo —. Y me gustaría que me diera su consejo al respecto. Desde hace un tiempo he resuelto renunciar a los diez mil rublos que tiene que pagarme Ikmeniev, al perder el pleito. ¿Cómo podría conseguirlo?

— Me dije que él no podía ignorar la forma en que debería obrar a tal fin. Tal vez estaba tratando de burlarse de mí. Lleno de ingenuidad, repuse:

— No sé qué puede usted hacer, príncipe. Por lo que respecta a Natalia Nicolaievna, puedo explicarle cuanto usted quiera; pero referente a esa devolución, nadie mejor que usted sabrá cómo debe proceder.

— He pensado que siendo usted amigo de esa familia, quizás conozca la forma de actuar de Natalia Nicolaievna. Me gustaría conocer su opinión, para guiarme por ella. Usted podrá ayudarme, pues se trata de una cuestión engorrosa. Pase lo que pase, estoy dispuesto a hacer lo necesario. Lo difícil es la forma de renunciar al cobro de esa suma. Ya conoce usted lo altivo que es el anciano Ikmeniev. Es muy capaz de arrojarme el dinero a la cara, con tal de hacerme una afrenta.

— Dígame, ¿usted considera que ese dinero es suyo, o de Ikmeniev?

— Puesto que he ganado el juicio, el dinero me pertenece.

— Así se ha fallado. Pero, ¿qué le dice su conciencia?

— Lo mismo. El dinero es mío — contestó, evidentemente molesto por mi sinceridad —. Por otra parte, tengo la impresión de que usted no está bien enterado del asunto. No pretendo acusar al viejo de que me engañase a sabiendas. Por el contrario, fue él mismo quien se infligió el agravio voluntariamente. No hice más que acusarle de descuido, de no haber supervisado bien las tareas que le habían sido encomendadas. Por ello, a mi entender, estaba obligado a responder.

— Pero esto, en realidad, no tiene gran importancia. Lo peor de todo son los insultos que nos hemos lanzado mutuamente. Puede que yo mismo no me hubiera dado cuenta de esos miserables diez mil rublos. Tal vez he sido injusto al desconfiar de él; pero luego me ofendieron sus insultos, y aproveché la oportunidad para darle una buena lección. Entonces inicié el pleito. Me dirá que debí obrar con más nobleza. No voy a disculparme, pero advierta que la ira, y más aún, cuando se siente el amor propio herido, no es señal de falta de nobleza, pues aquella reacción es muy humana. Además, yo casi no conocía a Ikmeniev, y pensé que todos los rumores respecto a él, a su hija y a Aliocha, eran ciertos. Debido a todo eso, creí también que me había robado descaradamente. Sin embargo, poco importa eso ahora. Lo malo es que no sé cómo obrar. Si renuncio al dinero y declaro por otra parte que mi causa era justa, eso sería igual que hacerle un regalo. Por otra parte, está la situación tan especial en que me encuentro, en relación con Natalia Nicolaievna. Sí, tengo la certeza de que me va a tirar el dinero a la cara.

— Si tiene usted esa convicción, es porque le considera un hombre honrado, y en consecuencia no piensa

seriamente que le ha robado. En tal caso, lo mejor sería que fuese a verle y le dijese que cree injusta la demanda. Al comprobar la nobleza de su proceder, Ikmeniev seguramente no tendrá reparo alguno en aceptar el dinero, pues en realidad es de él.

— Dice usted que es de él. Ese es el punto delicado. ¿Pretende que vaya a decirle que he cometido una gran injusticia? Me preguntará que por qué no hice desde un principio lo que debía. Pero yo no merezco que me hablen de ese modo, porque la ley está de mi parte. En ningún momento dije o escribí que Ikmeniev me estuviera robando, pero incluso ahora tengo la convicción de que actuó negligentemente y de que no está capacitado para administrar un negocio. El dinero me corresponde por completo; en consecuencia, sería para mí muy duro tener que acusarme yo mismo, teniendo razón. Si pretende que le pida perdón por una supuesta ofensa, creo que me está exigiendo demasiado.

— Si dos hombres tienen verdaderos deseos de reconciliarse...

— ¿Tan fácil lo ve usted?

— Desde luego.

— Pues yo lo considero bastante difícil, y más aún en nuestra situación, ya que...

— Ya que hay otros asuntos de por medio. Ahí sí que soy de su mismo parecer, príncipe. Por lo que se refiere a Natalia Nicolaievna y a Aliocha, la cuestión tiene que solucionarse de manera que usted dé a los Ikmeniev completa satisfacción. Únicamente entonces cabrán las explicaciones sinceras respecto al pleito. A tal fin sólo le queda un camino: confesar sinceramente, e incluso en público, que sus acusaciones no eran justas. Así es como yo opino, y crea que no pretendo competir con usted en inteligencia. Por otra parte, no necesita preocuparse tanto por ese dinero. ¿A qué viene el devolverlo, si a su entender le corresponde legítimamente? Perdóname, pero considero este aspecto ligado a todo lo demás.

— Entonces, según usted, Ikmeniev se negará a aceptar el dinero, si se lo doy sin ofrecerle excusas de ninguna especie, ¿verdad?

— Tengo la seguridad más absoluta. ¿Puede dudarlo, acaso?

Llegué a enrojecer de ira, al decirle estas palabras, pues me hizo la pregunta de forma desdófosa, y yo ya estaba indignado por la manera altiva de contestar a mis preguntas con otras preguntas, como dándome a entender que hablaba con un inferior. Dicha costumbre, extendida entre la aristocracia, me repugnaba. En muchas ocasiones había tratado de corregir a Aliocha de un vicio tan poco grato.

— Se exalta usted con demasiada facilidad — me contestó fríamente —. En la vida las cosas ocurren de modo muy distinto a como usted cree. No obstante, considero que el asunto podrá resolverlo perfectamente Natalia. Puede preguntárselo. Quizá nos aconseje con acierto.

— No pienso consultarle acerca de eso — contesté ásperamente —. Natalia Nicolaievna se dará perfecta cuenta de que si usted devuelve el dinero será porque quiere dar a su padre una especie de indemnización por la pérdida de su hija, y a ésta por perder a su vez a Aliocha.

— Veo que no tiene muy buen concepto de mí, amigo Iván Petrovitch.

Entonces se echó a reír. Me pregunté qué motivo tendría para hacerlo.

— Hay mucho que hablar todavía — agregó —. Pero ahora me temo que no es conveniente tratar de este asunto. En realidad es a Natalia Nicolaievna a quien más le atañe, ya que su porvenir depende de lo que usted y yo resolvamos al respecto. Resulta usted indispensable para nosotros, como podrá advertir. De modo que si aún siente afecto por Natalia Nicolaievna, no debe negarse a discutir la situación conmigo, aunque yo le merezca muy escasa simpatía. Ah, veo que ya hemos llegado. A bientôt, mi amigo.

CAPITULO IX

Tenía la condesa un hermoso piso, arreglado con gusto y elegancia, pero sin lujos superfluos. De todos modos, se apreciaba allí un aspecto en cierto modo provisional, como si fuera una vivienda para una temporada, y no la residencia permanente de una opulenta familia, donde se hace el acostumbrado alarde de refinamientos hasta en los menores detalles.

Decíase que la condesa iría a pasar el verano en la finca que, gravada con numerosas hipotecas, poseía en la provincia de Simbirsk, y que el príncipe iría con ella en ese viaje. Pensé alarmado en la decisión que tomaría Aliocha cuando Katia se fuera. Todavía no había hablado de esto con Natacha, ya que no me atrevía a hacerlo. De todos modos, tenía la impresión de que ella sabía algo, aunque callaba y padecía en silencio.

Fui acogido muy amablemente por la condesa, que me tendió la mano gentilmente y me aseguró que estaba deseando conocerme desde hacía mucho tiempo. Ella misma me sirvió una taza de té de un samovar de plata. Yo había tomado asiento entre el príncipe y un caballero perteneciente al gran mundo, un hombre entrado en años, algo presuntuoso y con modales de diplomático, por el que todos demostraban un gran respeto. A su regreso a San Petersburgo, la condesa no había tenido tiempo todavía de crearse un buen círculo de amistades. No se hallaban presentes otros invitados, ni llegó nadie más mientras estuve allí.

Miré a mi alrededor para ver si veía a Catalina Feo-

dorovna. Esta se encontraba con Aliocha en una estancia contigua, y se presentó en el salón en cuanto supo que habíamos llegado. Después de besar afablemente la mano de la joven, el príncipe me presentó a Katia. Era una jovencita rubia, de aspecto frágil y hermosos ojos azules, expresión plácida y rasgos regulares. Había esperado encontrar a una beldad, y me vi ante una muchacha que sólo tenía la belleza de su juventud.

Me tendió la mano en silencio, y me observó ingenua e insistente, lo que me sorprendió un poco. Después de haberme saludado, me abandonó de improviso para ir a reunirse con Aliocha. A su vez éste se acercó a mí me dijo en voz baja:

— Seguiré aquí sólo un momento. En seguida me iré a verla.

El «diplomático» (le designaré así ya que no conocía su apellido) comenzó a hablar reposada y dignamente de algo que yo no entendía bien. Advertí que la condesa le escuchaba con toda atención, mientras el príncipe esbozaba una sonrisa lisonjera de aprobación. Aquél se dirigía casi siempre al príncipe, pues sin duda le tenía por un interlocutor digno de él. En cuanto a mí, me servían el té y me dejaban en paz, lo cual me alegraba bastante.

Observé detenidamente a la condesa, que a primera vista me pareció una persona simpática. Aunque no era demasiado joven, no representaría más de los treinta años, pues conservaba un cutis fresco, y seguramente había sido sumamente hermosa en su primera juventud. El cabello era de un rubio ceniciente, suave y abundante. Los ojos denotaban bondad, aunque se observaba en ellos cierta volubilidad y malicia que parecía querer reprimir. Igualmente expresaban sus ojos inteligencia y alegría. Me dio la sensación de que en el carácter de la condesa predominaban el gusto por los placeres, la frialdad y un egoísmo no perverso, sino bonachón.

Me di cuenta que se hallaba sometida por completo

a la influencia del príncipe. Estaba yo al corriente de que habían sostenido relaciones de carácter íntimo, y oí decir que él nunca fue un amante celoso. Daba la impresión de que ambos estaban ligados por un lazo misterioso, un compromiso mutuo basado en cuestiones de interés. También me había enterado de que el príncipe estaba cansado de ella, a pesar de lo cual no habían reñido. Seguramente les unían los planes acerca de Katia, los que había tramado indudablemente el príncipe.

Este era quizás el motivo que esgrimía él para no querer casarse con la condesa, cuando ésta, según todas las evidencias, le conminó a que lo hiciera. Todo ello lo deduje de los ingenuos relatos de Aliocha, quien había tenido ocasión de observar algo. De esas mismas revelaciones saqué la impresión de que el príncipe sentía un cierto temor hacia la condesa, por más que la dominase casi por completo. Hasta Aliocha se había dado cuenta de esto. Luego supe que el príncipe quería que la condesa se casara de una vez, con cuyo fin la mandaba a Simbirsk.

Mientras escuchaba hablar a los demás, me pregunté cómo haría para cambiar unas palabras con Catalina Fiodorovna. El diplomático, a una pregunta de la condesa, se extendió sobre las reformas que se proyectaban en el país, y la situación general del mismo. Preguntó ella si eran de temer las reformas, y él contestó seguro de sí mismo, como quien sabe bien lo que dice. Daba opiniones de fondo sutil, aunque las ideas resultaban realmente mezquinas. Aseguraba que los cambios establecidos darían resultado dentro de poco, volviéndose a la actitud razonable de la sociedad — o de cierto sector de ella, desde luego —, la cual rectificaría sus errores, regresando al antiguo estado de cosas. En resumen, sería una experiencia de provecho, por amarga que hubiese resultado. Más valía, por consiguiente, que los reformistas llegasen pronto a los límites que la prudencia aconsejaban. Después agregó:

— Nada se puede lograr sin nosotros. Ninguna sociedad ha sobrevivido dejándonos de lado. En lugar de perder, saldremos ganando. Siempre seguiremos sobreñadando por encima de las dificultades. Nuestro lema debe ser en estos momentos: «Cuanto peor marchen las cosas, mejor será para nosotros.»

El príncipe sonreía aprobadoramente al orador, el cual se mostraba sumamente satisfecho de sus razonamientos. Iba yo a cometer la necesidad de contestar, pues la sangre me hervía en las venas, pero una mirada glacial del príncipe me contuvo. Sin duda se daba cuenta de que iba a decir alguna extravagancia propia del fogoso temperamento juvenil. Por otra parte, pensé que el diplomático haría caso omiso de mi opinión y hasta de mi persona. En semejante estado de violencia me encontraba, cuando Aliocha me tocó un hombro y me susurró al oído que tenía algo que decirme. Comprendí que venía de parte de Katia. Por consiguiente, un momento después me encontraba junto a ella.

Estuvimos unos instantes sin decirnos nada, aunque me daba cuenta de que en cuanto empezáramos a hablar nuestra charla sería animada. Aliocha aguardaba impaciente, pues quería escuchar lo que decíamos.

— Bueno, ¿por qué están así de silenciosos? — preguntó al fin, sonriendo —. ¿Para eso se han conocido, para quedarse callados?

— No puedes con el genio, Aliocha — dijo Katia, y dirigiéndose a mí, añadió —: El caso es que hay tantas cosas que tenemos que contarnos Iván Petrovitch y yo, que no sabemos por dónde comenzar. Siento de verdad que no nos conocísemos antes, aunque lo cierto es que por referencias usted casi resultaba un amigo para mí, hasta el punto que estuve a punto de escribirle.

— ¿Cuál fue la razón?

— Había varias — contestó ella, con aire grave —. Una, por ejemplo, es que me diga si puede concebirse que Natalia Nicolaievna no se enfade cuando Aliocha se

marcha de su lado, tal como sucede ahora. ¿Le parece que es correcto obrar de ese modo?

Volvióse ella hacia el joven y le preguntó:

— Dime, Aliocha, ¿cómo es que te encuentras aquí, todavía?

— Tienes razón, me marcho en seguida. Sólo quería escucháros un poco, cuando iniciaseis la conversación.

— Siempre será el mismo — repuso ella —. Dice que es sólo un momento, y luego se queda hasta la medianoche, sin darse cuenta. El piensa que no voy a enfadarme, porque soy muy buena. Pero no está bien que haga esas cosas.

— De acuerdo, me marcho — repuso Aliocha, con tristeza —. Pero me hubiera gustado mucho quedarme con vosotros.

— Para nada te necesitamos ahora, Aliocha. Por el contrario, nos impides hablar con libertad. Te ruego que no te enfades. Sé comprensivo.

— No, no tengo por qué enfadarme. Bien, iré a ver a Levinka, sólo un minuto, y luego marcharé directamente a casa de Natacha.

El joven recogió su sombrero, y cuando lo hacía me dijo animadamente.

— Ah, Iván Petrovitch, no sé si está enterado de que mi padre piensa renunciar a la indemnización que Ikmeniev tenía que pagarle.

— Lo sé. Su mismo padre me lo dijo.

— Ya le decía yo que era un hombre con una nobleza de carácter como pocos. Katia le dará su parecer. Adiós, Katia. Y te ruego que no pongas en duda mi amor por Natacha. Siempre me estéis haciendo reproches, echándome algo en cara. Me perseguís como si fuerais mis tutores. Natacha sabe cuánto la quiero, tiene seguridad de mi forma de obrar, y a pesar de ello, pregúntaselo a Iván Petrovitch, Katia, nunca deja de tener celos, y no quiere hacer sacrificios por mi amor.

— ¿Qué dice? — exclamé, casi sin poder creer lo que estaba oyendo.

— ¿Puede saberse qué estás hablando, Aliocha? — dijo Katia, no menos confusa.

— Iván Petrovitch sabe muy bien lo que estoy diciendo — contestó Aliocha —. Ella siempre quiere que esté a su lado. Le cuesta un sacrificio dejarme marchar. Lo cierto es que si me quisiera tanto como yo a ella, sería más complaciente conmigo.

— Debiera darte vergüenza hablar de ese modo — dijo Katia, llena de ira.

— No sé por qué tengo que avergonzarme. Todo lo que he dicho es muy cierto.

— Estoy segura de que eso no se le ha ocurrido a él — manifestó la joven, volviéndose a mí, con los ojos brillantes de indignación —. ¡Dilo ahora mismo, Aliocha! Di que tu padre te ha inculcado esas ideas. No pretendas engañarme, porque te conozco y sé bien que debiste recibir instrucciones hoy mismo. He acertado, ¿no es así?

— Bueno, es verdad que mi padre y yo estuvimos hablando de Natacha — repuso él, manifestamente azorado —. Pero aunque Natacha le había hecho un grave desaire, la llenó de elogios; no os lo podéis imaginar.

— ¿Es posible que dé usted crédito a esas acusaciones? — le pregunté —. No sé cómo puede hacerlo, cuando ella le ha entregado todo lo que podía darle. Aun hoy, Natacha quiso que viniera a ver a Katia Fiodorovna, con tal de que usted no se aburriese. Eso me lo dijo ella misma. Sin embargo, se lo agradece usted presentando oídos a tales falsedades. Debiera avergonzarse.

— Lo que ocurre es que es un ingrato — dijo Katia —, y no le avergüenza nada.

— Pero, ¿puede saberse lo que me reprocháis? — manifestó Aliocha, con tono quejumbroso —. No haces más que censurarme, Katia, y en mí sólo ves mala intención. Y más vale no hablar de Iván Petrovitch, que parece estar convencido de que no amo a Natacha. Si la he

calificado de egoísta, es porque quise decir que me quiere demasiado, que su amor resulta excesivo, lo que llega a ser doloroso para los dos. En cuanto a mi padre, no me engañará nunca, ni siquiera aunque tuviese intenciones de hacerlo, ya que yo no me dejaría engañar. Si él me habló así, no fue por ofender a Natacha, sino porque reconoce que su amor rebasa los límites corrientes y se acerca a lo sublime.

Le interrumpió Katia y le llenó de reproches asegurando que su padre había elogiado a Natacha con el fin de confundirle, haciéndole creer en su aparente bondad. Pero en realidad estaba tratando de acabar con aquel amor. Discreta y vehementeamente le demostró lo mucho que Natacha le quería, y lo mal que respondía él a su afecto, siendo él el único egoísta.

Lleno de arrepentimiento, Aliocha bajó la cabeza y no contestó. Se limitó a observar con gesto curioso a Katia. Era una chiquilla, pero una joven singular, con convicciones arraigadas y sólidos principios, y que profesaba un amor irrefrenable por todo lo que fuese bueno y justo. Se trataba de una joven soñadora e idealista de las que por suerte no faltan entre nuestras familias. En resumen, esa noche aprendí a conocer a fondo a Catalina Fiódorovna.

Poseía un alma apasionada y sensible, y a menudo notaba en ella un manifiesto desprecio por todo lo que supusiera fingimiento o disimulo. Quería anteponer la sinceridad sobre todas las cosas, asegurando que los frenos que imponía la sociedad no eran más que prejuicios. Incluso se mostraba orgullosa de poseer tales convicciones. Con tal de llegar a la verdad, solía razonar profundamente, y lo hacía tan directa y cándidamente que se hacia querer.

Recordé a Levinka y Boris, y en seguida me pareció natural la actitud que adoptaban hacia ella. Según iba observando a Katia, aquel semblante que al principio no me parecía nada iba haciéndose para mí más her-

moso y atractivo. La cándida dualidad de la chiquilla, a la vez mujer reflexiva, su sed de verdad y de justicia, la fe inquebrantable que ponía en sus convicciones, todo ello proporcionaba a su rostro una hermosura superior, una belleza espiritual.

Ahora me daba cuenta de que la pasión de Aliocha por ella estaba plenamente justificada. No siendo él capaz de reflexionar por sí solo, se dejaba influir, amando a los que le rodeaban. Katia le había hechizado, y él se dejaba seducir por todo lo que tuviese un fondo de bondad y belleza. Perezoso por naturaleza, la diferencia con la joven se hacía aún más evidente, ya que ella poseía una voluntad firme y era perseverante. Aliocha sólo era capaz de querer a quien le dominase e incluso le impusiera su voluntad. Eso fue lo que originó su cariño por Natacha. Katia, sin embargo, tenía sobre aquélla la ventaja de ser casi una chiquilla. Su extrema juventud, al mismo tiempo que el claro espíritu que poseía, así como algunas lagunas en sus juicios, la asemejaban más a Aliocha, razón por la cual ella le atraía cada vez más.

Tengo la seguridad de que cuando conversaban a solas, no sólo hablarían de los temas serios que Katia sacaba a relucir, sino también de fruslerías e ingenuidades. Y por más que la joven le amonestase con frecuencia y le tuviera un poco atado, él se encontraba más a gusto con ella que con la propia Natacha, ya que eran temperamentos más semejantes.

Aliocha se puso en pie y tendiendo la mano a Katia manifestó:

— Basta, Katia, me has convencido. Está visto que tú siempre tendrás razón, y yo estoy destinado a equivocarme. No es extraño, ya que tu alma es más pura que la mía. En fin, iré directamente a casa, sin pasar por la de Levinka.

— Así me gusta, que sigas mis consejos. Nada tenías que hacer en casa de tu amigo.

— Eres la mejor de las mujeres — manifestó Aliocha, como entristecido, y dirigiéndose a mí, manifestó: Iván Petrovitch, desearía decirle unas pocas palabras.

Nos alejamos unos pasos de Katia, y Aliocha me dijo en voz baja:

— En verdad, hoy me he portado del modo más indigno con todos, pero más que nadie con ustedes dos. Pero es que mi padre me presentó esta tarde a Alejandrine, una espléndida francesita. Me dejé seducir, y... ya sabe usted. En fin, no soy digno de ellas. Adiós, Iván Petrovitch.

Una vez que Aliocha se hubo marchado, Katia me dijo apresuradamente:

— Es un excelente muchacho, y tiene un gran corazón; pero más tarde hablaremos de él. En primer lugar, debemos aclarar una cuestión: ¿qué opinión le merece el príncipe a usted, Iván Petrovitch?

— Me parece un personaje detestable.

— Lo mismo pienso yo. Al menos estamos de acuerdo en eso, y podremos juzgar lo demás con toda tranquilidad. Hablemos de Natalia Nicolaievna, porque no sé nada respecto a ella, y le esperaba a usted con ansiedad para saber algo en concreto, ya que sólo estoy enterada de lo que me dice Aliocha y debo hacer yo sola una serie de conjetas. Pero antes que nada, dígame lo que le parece Aliocha. ¿Cree que pueden llegar a ser una pareja feliz? Es lo que necesito saber, en primer lugar, para actuar en consecuencia posteriormente.

— ¿Quién podría decirle con seguridad algo respecto a lo que me pregunta?

— Sí, claro, lo comprendo. Al menos dígame sólo su opinión, pues me parece una persona inteligente.

— A mi modo de ver, creo que no serán felices.

— ¿Qué le induce a pensar lo?

— La diferencia de sus caracteres.

— Me lo imaginaba — repuso ella, con visible decepción —. Le ruego que me lo cuente todo con detalle.

Tengo muchos deseos de conocer a Natacha, pues debo decirle muchas cosas, y entre las dos estoy segura de que hallaremos una solución. La imagino como una persona seria, inteligente, honesta y hermosa, además. ¿Es ella así?

— En efecto.

— Sabía que no podía engañarme. Ahora dígame cómo es posible que se haya enamorado de un chiquillo como Aliocha. Es algo que me preocupa.

— Hay cosas que no tienen explicación, Catalina Fiodorovna. ¿Acaso puede explicarse el motivo por el que uno se enamora? No hay duda de que él es un chiquillo, pero ya sabe usted que uno puede querer mucho a los niños.

Sus ojos de mirada profunda y grave me enternecieron. Proseguí diciendo:

— Precisamente porque Natacha no parece una niña, porque es más seria, pudo enamorarse de él más fácilmente. Aliocha es sincero, tremadamente cándido, y a veces resulta muy gracioso. Ella pudo amarle... tal vez incluso por compasión. Sí; un alma generosa puede amar piadosamente. Pienso que no sabría explicarlo bien. Ahora permítame que le haga una pregunta parecida. Dígame, ¿le ama usted, no es cierto?

Me atreví a hacer una pregunta tan brusca porque tenía la seguridad de no alterar la ingenua pureza del alma de aquella joven.

— A decir verdad, todavía no lo sé — contestó ella, observándome sin inmutarse —. Aunque creo que sí, que le quiero mucho.

— ¿Se da cuenta? ¿Podría aclararme ahora la razón de ese amor?

Después de pensar un momento, me dijo:

— Quizá sea por su enorme franqueza. Cuando me habla mirándome a los ojos, noto una sensación indefinible. Pero no sé si una señorita debiera decir estas cosas. ¿Cree usted que hago bien, al decirlo.

— A mi entender, no hay nada malo en hablar sinceramente.

— Sí, claro, no puede haber ningún daño en eso. Pero ellos — e indicó con la mirada a los que estaban sentados alrededor del samovar — no lo aprobarían. ¿Acaso tienen razón?

— De ningún modo. Pero su corazón no le dice a usted que actúa impropriamente. En consecuencia...

Katia me interrumpió diciendo:

— Justamente es lo que yo hago siempre. Cuando tengo dudas, consulto con mi corazón. Si le noto sereno, yo también estoy tranquila. Así es como debe hacerse. Al contarle esto se lo digo con la misma sinceridad que me lo diría a mí misma, ya que le considero una excelente persona. Estoy al corriente de su historia y de la de Natacha, antes de que apareciese Aliocha. Créame que lloré cuando me contaron lo sucedido.

— ¿Quién se lo dijo?

— Fue Aliocha, desde luego. Él tampoco podía contener las lágrimas cuando me lo explicaba. Les quiere mucho a los dos. Al menos, bastante más que usted a él. Ésos son los detalles que me gustan de él. Le repito que si le hablo tan sinceramente es porque le considero un hombre inteligente, que puede proporcionarme útiles consejos.

— ¿Me cree usted capaz de guiarla, de verdad? — le pregunté.

— Desde luego.

Permaneció un momento pensativa y luego agregó:

— Aun lamentándolo mucho, sé que soy una rival para Natacha. ¿Qué cree usted que debo hacer? Ha sido ése el motivo que me ha impulsado a preguntarle si lograrían la dicha, viviendo juntos. Es una idea que me atormenta a todas horas, sobre todo la situación tan tremenda en que se encuentra Natacha. Me parece que Aliocha ya no la ama, y en cambio cada día que pasa me quiere más a mí. Se ha dado usted cuenta, ¿no es cierto?

— Sí.

— A pesar de todo, él no la engaña; pero todavía no se ha percatado de que no la quiere. ¡Cómo estará sufriendo la pobre! Tengo la seguridad de que ella ya ha adivinado su falta de cariño.

— ¿Qué piensa usted hacer?

— En definitiva, no lo sé. Tengo muchos proyectos, y me hago un lio. Quería conocerle para que me orientase. Nadie mejor que usted sabe lo que ocurre, y por eso me dirijo a usted como mi única esperanza. Desde el principio pensaba que si ellos eran felices, yo debía sacrificarme. Aún sigo haciéndome esta pregunta. ¿Qué le parece?

— Sé que está dispuesta a realizar todos los sacrificios posibles.

— Bueno, cuando comenzó todo esto sí, lo estaba. Luego... Aliocha vino a verme cada vez con más frecuencia, advertí que me iba queriendo más, y me pregunté si debía seguir sacrificándome. En eso sí que creo haber obrado mal.

— En absoluto. Tenía que ocurrir así, tal vez, y no debe reprocharse nada.

— Creo que es usted demasiado indulgente conmigo. A mi entender, las dudas que tengo obedecen a que mi conciencia no está tranquila. De otra forma, ya sabría cómo tendría que obrar. Tanto el príncipe como mi madre y el propio Aliocha me hablaron más a fondo de esas relaciones, y entonces comprendí perfectamente que ella y él no eran caracteres compatibles. Usted acaba de confirmármelo en este momento. Desde entonces no dejo de pensar: «Si van a ser desdichados, ¿no vale más que se separen?» Por tal motivo, le he pedido detalles y deseo hacer una visita a Natacha, para que entre las dos podamos tomar una decisión.

— Pero, ¿a qué conclusión esperan llegar? Eso es algo realmente fundamental.

— Le diré a Natacha: «Sé que usted le aña más que

a nada en el mundo. Por consiguiente, no querrá hacerle desdichado, y preferirá separarse de él.»

— ¿Cree usted que aceptará esa propuesta? O admitamos incluso que estuviese de acuerdo con usted. ¿Tendría valor, sin embargo, para separarse de Aliocha?

— Eso es justamente lo que me pregunto constantemente. Le aseguro que...

Noté que sus ojos se llenaban de lágrimas. A media voz me dijo:

— No sabe usted cómo la compadezco...

Poco podía yo agregar. Como veía que tenía deseos de llorar, guardé silencio. Era una criatura llena de encanto. No me sentí con fuerzas para preguntarle si se consideraba capaz de hacer la felicidad de Aliocha.

Se fue calmando poco a poco, aunque persistía en ella una gran emoción.

— ¿Siente afición por la música? — me preguntó al cabo de un momento.

— Sí — repuse, sin disimular mi perplejidad.

— De haber tenido más tiempo hubiese tocado para usted el Tercer Concierto de Beethoven. Es como si estuviese escuchándolo en este momento. Lo que ahora siento se halla expresado perfectamente en él. Otra vez será; más vale que hablemos de cosas importantes.

Me preguntó de qué forma podría entrevistarse con Natacha. Declaró Katia que si bien su madrastra era buena con ella, la vigilaba excesivamente. Estaba segura de que no le permitiría ser amiga de Natacha, y de que recurriría a cualquier argucia para evitarlo. Por las mañanas salía de paseo con ella, menos cuando la condesa tenía jaqueca, y se quedaban en casa. Entonces la acompañaba una anciana francesa, que hacía de dama de compañía y que era una persona excelente. En concreto, que no podía saber de antemano en qué ocasión podría ir a ver a Natacha.

— No lamentará conocerla — le dije yo —. También ella siente deseos de que se produzca el encuentro, para

saber a quién ama Aliocha. No debe preocuparse; con el tiempo todo se arreglará. Tengo entendido que se marchan al campo, ¿verdad?

— Sí. Dentro de un mes, aproximadamente. Son los deseos del príncipe.

— ¿Las acompañará Aliocha?

— A decir verdad, siento dudas respecto a eso — contestó, mirándome con fijeza; y luego inquirió a su vez —: ¿Cree usted que vendrá con nosotros?

— Sí.

— ¿Cómo acabará todo esto, Dios santo? Mire, Iván Petrovitch, cuando nos vayamos le escribiré a menudo y le contaré todo lo que sucede. Puesto que he comenzado a molestarle, continuaré haciéndolo. ¿Vendrá a vernos con frecuencia?

— Lo ignoro, Catalina Fiodorovna. Quizá no vuelva nunca más.

— ¿Por qué?

— Por varias causas. Ante todo, dependerá de los contactos que yo tenga con el príncipe.

— Ese hombre es un malvado — manifestó ella, llena de convicción —. Escuche, ¿no podría ir yo a visitarle a usted? ¿Cree que haría mal?

— Dígame usted misma lo que le parece eso.

— Pues yo creo que no tiene nada de malo. Sí, iré a visitarle — añadió sonriendo —. Más que tenerle afecto, le quiero de verdad, y a su lado puedo aprender muchas cosas. Bueno, no será una inconveniencia que le diga esto, ¿no es cierto?

— Nada de eso. Yo también la quiero, como si fuera de mi familia.

— ¿Podemos ser amigos, en tal caso?

— Ya lo creo — repuse.

— Tengo la certeza de que el príncipe no busca más que mi dinero — declaró Katia —. Además de considerarme como a una criatura, no vacilan en decírmelo. Yo,

sin embargo, no pienso así, y no me tengo por una niña. En todo caso, son ellos los que obran como chiquillos.

— ¿Puedo hacerle una pregunta, Catalina Fiodorovna? Dígame, ¿quiénes son esos amigos de Aliocha, Boris y Levinka, a los que va a ver tan a menudo?

— Ambos son parientes lejanos míos. Son honrados e inteligentes, y su único defecto, tal vez, es que suelen hablar por los codos.

Sonrió al decir esto.

— ¿Es cierto que proyecta donarles más adelante un millón de rublos?

— No me hable de eso, por favor. Es tanto lo que se ha murmurado acerca de ese asunto, que el tema se me hace inaguantable. Sin duda haré donativos importantes, pero pienso que un millón quizás sea demasiado. Aparte de que no sé cuándo podré disponer del dinero. A pesar de esto, ya especulan, discuten y riñen sobre la manera en que lo utilizarán. Son demasiado apasionados, aunque en el fondo no dejan de ser honestos y capaces. Estudian, y eso ya es bastante más de lo que hacen muchos otros.

Continuamos charlando un buen rato, aún. Katia me habló de su vida, y a su vez escuchó con gran atención todo lo que le dije. Con frecuencia me pedía que le hablase detalladamente de Natacha y Aliocha.

Hacia la medianoche se acercó a nosotros el príncipe y dijo que ya era hora de que nos retirásemos. La joven me estrechó la mano con vehemencia, y la condesa me dijo que fuese a verlas a menudo, cuando yo lo deseara. Luego salí en compañía del príncipe.

Si bien no está relacionado directamente con lo que estoy contando, desearía hacer una observación. La prolongada charla que sostuve con Katia sirvió para darme cuenta de que la joven era totalmente inocente, hasta el punto que ignoraba las relaciones íntimas que se producen entre el hombre y la mujer. Esto hacía que resultaran cómicas algunas de sus opiniones, y la gravedad con que hablaba de los asuntos más trascendentales.

CAPÍTULO X

Una vez que estuvimos en el coche, el príncipe se volvió hacia mí y me dijo:

— Escuche, ¿qué le parece si nos fuéramos a cenar por ahí?

— Bueno..., no sé. La verdad es que no suelo cenar nunca — contesté, vacilante.

— Vamos, hoy hará una excepción — manifestó, y agregó con expresión de malicia —: Hablaremos mientras cenamos.

Era evidente que quería contármelo todo. Justamente eso era lo que yo deseaba, de modo que acepté de buena gana.

— Me acompaña, ¿no es cierto? — dijo, y añadió, dirigiéndose al cochero —: Vamos a la gran Morskaia, a casa B...

Un tanto confuso inquirí:

— ¿Es eso un restaurante?

— En efecto. Contadas veces ceno en casa, de modo que me permitirá que le invite, ¿verdad?

— Le aseguro que no acostumbro a cenar nunca.

— Bah, bien puede hacer una excepción. Por otra parte, soy yo quien le invita.

Era como si me estuviese diciendo: «Descuida, yo pago.» Sin embargo, yo no estaba dispuesto a permitirlo.

Llegados al restaurante, el príncipe solicitó un reservado y entonces escogió con aire de entendido dos o tres platos. Estos, lo mismo que la botella de Laffite

que pidió, eran de elevado precio. Aquello excedía de mis posibilidades, por lo que pedí un sencillo plato de carne y una copa de vino. El príncipe pareció ofendido y dijo:

— A eso no le llamo yo una cena. Es algo ridículo. *Pardon, mon ami*, pero me ofende su amor propio. Parece como si tratara de mezclar en ello los prejuicios de clase.

Yo no cedí, a pesar de todo.

— Bien, como guste — agregó —. No pienso forzarle. Y ahora, ¿me permite que le hable como a un amigo?

— Hágalo, se lo ruego.

— Gracias. Pues mire, a mi modo de ver, esos escrupulos que demuestra no le hacen ningún favor. Y le aseguro que sus colegas se perjudican de la misma forma, al actuar así. Es usted un escritor, y los que son como usted necesitan conocer el mundo, en lugar de aislarse de él. No me refiero ya a su parco menú, sino a su manifiesta intención de no mantener relación alguna con nuestro círculo. Créame que esto constituye un error, ya que además de que con ello puede perjudicar su carrera, es evidente que el escritor necesita ponerse en contacto con los personajes que describe en sus novelas: condes, príncipes, salones aristocráticos... Bah, no sé lo que digo, pues ustedes ahora se dedican a pintarnos ambientes míseros, gentes de gabanes ruidos, funcionarios impíos. Nos hablan de viejas costumbres, de antiguos 'sectarismos'...

— No ha acertado usted en este caso, príncipe. Si yo no alterno en su ambiente es, en primer lugar, porque me aburro en él, y porque nada tengo que hacer allí. De todos modos, a veces asisto a esas reuniones.

— Ah, sí. Va una vez al año a casa del príncipe R... Le he visto por allí. Los restantes días los pasa usted escudándose en su democrático orgullo, languideciendo poco a poco en su buhardilla. De todos modos, hay entre ustedes algunos aventureros, gentes que no soporta-

— Más vale que cambiemos de conversación, príncipe. No se meta con mi buhardilla.

— Vaya, creo que le he ofendido. Pero tenga presente que me dio permiso para hablarle como a un amigo. Ciento es que aún no hice nada por merecer su amistad. En fin, discúlpeme. Este vino es soberbio. Pruébelo, se lo ruego.

Así diciendo llenó mi copa por la mitad.

— Mi querido Iván Petrovitch — prosiguió —, me doy cuenta de que no resulta fácil lograr la amistad de una persona. Sin embargo, no somos tan violentos y groseros como ustedes imaginan. Comprendo, sin embargo, que usted no se encuentra aquí por simpatía hacia mí, sino porque le prometí hablar de lo que le interesa, ¿no es cierto?

Lanzó una carcajada y agregó sin dejar de sonreír aviesamente:

— Por otra parte, como se halla usted al cuidado de cierta persona, le interesa lo que voy a contarle. ¿Me equivoco?

— Acierta usted. Le he acompañado por eso. De otra forma no me encontraría aquí; es muy tarde.

Advertí en seguida que era una de esas personas que cuando tienen a alguien en su poder, se lo demuestran sin vacilar. Yo me encontraba en ese caso. No podía irme hasta haber escuchado lo que tenía que contarme. El lo sabía, y adoptó un tono familiar, cada vez más irónico e insolente.

De buena gana le hubiera dicho «no estaría con usted por todo el oro del mundo», pero logré dominarme, y cambié el final de la frase por delicadeza, no porque sintiera temor. En realidad no es sencillo decir una inconveniencia a la cara a un hombre, por más que la merezca y uno se sienta tentado de hacerlo. Seguramente el príncipe se daba cuenta de todo ello. Me observó sarcásticamente mientras yo concluía mi frase: Daba la sensación de gozar con mi debilidad, y pare-

cía decirme con los ojos: «No tienes coraje, amigo mío. Te has echado atrás.» Cuando terminé, me dio un golpe en la rodilla, con gesto de protección, como si estuviera diciendo: «¡Cuánto me divierto a costa tuya!»

«Aguarda y verás», le contesté para mis adentros.

— Hoy me encuentro de un humor magnífico — aseguró después —, aunque no sabría decir la razón. Pues sí, amigo. Deseo hablarle de quien usted se imagina. Es necesario que lo aclaremos del todo y que lleguemos a un acuerdo. Sé que en esta ocasión me comprenderá muy bien. No hace mucho le hablé de esos diez mil rublos y del infeliz padre de Natalia Nicolaievna, que sólo es una criatura de sesenta años. Pero no vale la pena preocuparse de eso, que es pura comedia. Como escritor de novelas supongo que me comprenderá.

Le observé perplejo; tanto más porque no tenía aspecto de hallarse bebido.

— Por lo que se refiere a esa joven, le tengo verdadero aprecio, se lo aseguro. Es algo caprichosa, desde luego, pero nadie está exento de defectos. Justamente, el atractivo de las rosas es que a veces nos pinchan con sus espinas. Mi hijo es un necio, y sólo le he perdonado en parte porque creo que no ha tenido mal gusto. Ese tipo de muchacha es de mi agrado — al decir esto se mordió los labios, significativamente —, y hasta tengo el propósito de... Pero eso llegará a su debido tiempo.

— Le aseguro que no entiendo sus bruscos cambios de tono, príncipe. Más vale que cambiemos de conversación.

— ¿Otra vez se enfada usted? Bien, hablemos de otra cuestión. Pero antes, dígame una cosa: ¿La quiere usted?

— Sí — contesté, impaciente.

— Así que la ama usted — agregó, chasqueando la lengua, en un gesto repugnante.

— ¿Se olvida de lo que he dicho, príncipe? — manifesté, indignado.

— Está bien, cálmese. Lo que pasa es que hace tiempo que no estaba tan contento. Creo que nos vendría bien una botellita de champaña, ¿eh, poeta?

— No, no pienso beber.

— Como guste. Pero le aseguro de que debiera acostumbrarse. Mi excelente humor casi me lleva a mostrarme sentimental. Si estuviera solo no me encontraría tan feliz. Quizá bebiendo juntos llegaremos a tutearnos, ¿qué le parece? ¡Ja, ja, ja! Usted aún no me conoce, amigo mío, pero tengo la certeza de que llegará a apreciarme. Hoy deseo que comparta mis alegrías y pesares, el llanto y la risa. Sin embargo, espero no tener que llorar. ¿Qué me dice, Iván Petrovitch? Le advierto que si no satisface este pequeño anhelo mío, se me esfumará la inspiración, y usted no llegará a enterarse de nada. Porque imagino que es a esto a lo que ha venido, ¿no es cierto? Así que puede usted elegir.

Comprendí su velada amenaza, y accedi. Me pregunté si no trataría de emborracharme.

Recordé entonces un rumor que corría acerca de él, según el cual, el príncipe, correcto y elegante en sociedad, se emborrachaba a veces como un cochero, por las noches, y se entregaba a un repugnante libertinaje. No quise creer esas murmuraciones, y ahora temía que llegaran a confirmarse. Cuando trajeron el champaña, el príncipe llenó nuestras copas y mientras bebiámos continuó diciendo.

— Esa moza es un verdadero encanto, aunque me haya tratado un poco duramente. Es entonces cuando esas criaturas resultan más deliciosas. Aquella noche creyó que me humillaba, ¿lo recuerda? ¡Con lo bien que le sentaban las mejillas sonrojadas! Vaya, creo que de nuevo se está enfadando, amigo mío.

— Acierta usted — repuse iracundo —. No quiero que hable de ese modo de Natalia Nicolaievna. Le aseguro que no voy a consentírselo.

— Bueno, entendido. Cambiaré de conversación. Ha-

blemos de usted, en tal caso. Soy amigo suyo y es lógico que su vida me interese.

—Estoy seguro de que será mucho mejor si hablamos de otra cosa.

—Se refiere a lo que nos concierne a ambos, ¿verdad? Sí, le entiendo muy bien, amigo. Pero al hablar de usted nos aproximaremos bastante al tema que nos preocupa. Por consiguiente, sigo adelante. Deseaba decirle, mi apreciado Iván Petrovitch, que todo este tema tan especial es porque le considero mi amigo. Usted es un escritor pobre, que debe pedir adelantos a su editor para pagar las deudas que contrae, y con lo que le queda se alimenta a base de té y tiritas de frío en su buhardilla. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Lo sé, lo sé. Me dirá que eso es mucho más decente que robar, o adular o estafar. De todo eso hace ya mucho que se ha escrito.

—No es indispensable que hablemos de mis asuntos. Espero no tener necesidad de darle lecciones de educación.

—No, claro que no, pero no hay forma de evitar una cuestión tan delicada. Dejemos de lado las buhardillas, que por cierto me disgustan bastante..., exceptuando algunos casos —y se echó a reír innoblemente—. Lo que no alcanzo a comprender es que se contente usted con un papel secundario en la vida. Cierto escritor dijo no sé dónde que la hazaña mayor que puede realizar un hombre es saber limitarse a representar un papel secundario. Además, he oído hablar de eso en alguna ocasión. La realidad, en este caso, es que Aliocha le ha quitado la novia. Obrando como si fuera un verdadero Schiller, usted se pone en cuatro patas y les sirve en todo lo que necesitan. Discúlpeme, pero, a mi modo de ver, esa generosidad resulta algo repugnante. Es vergonzosa y no sé cómo puede soportarlo. En su lugar, yo me moriría de coraje.

—¿Acaso me trajo aquí para insultarme? —exclamé, iracundo.

—De ningún modo, amigo mío. El que le habla ahora es un hombre práctico que no piensa en otra cosa que en su felicidad. Sólo pretendo arreglarlo todo. Déjeme acabar, tenga paciencia. Ahora yo le pregunto: ¿Y si usted se casara? Como ve, le hablo de otra cosa... Bueno, ¿a qué viene ese asombro?

—Voy a esperar a que termine —contesté yo, realmente estupefacto.

—Poco es lo que voy a agregar. Querría saber qué contestaría usted a un amigo del alma que quiere sinceramente su felicidad, y no algo meramente pasajero, y que le propusiera casarse con una hermosa joven, que posee, eso sí, alguna experiencia. Lo que digo es una hipótesis. Estoy hablando de algo así como una Natalia Nicolaievna, con la correspondiente y justa indemnización, desde luego. Le aseguro que me refiero a un asunto totalmente aparte de lo «nuestro». ¿Qué respondería usted?

—Que está usted trastornado.

—Bueno, no le falta más que pegarme.

Era cierto, pues estaba conteniéndome para no lanzarme sobre ese hombre, al que no podía ya aguantar. Me daba la impresión de una alimaña, de una enorme araña, y sentía deseos de aplastarla. Se complacía con sus mofas y en jugar conmigo al gato y al ratón, como si me tuviese totalmente dominado.

Parecía hallar una satisfacción, un sentimiento excitante en la insolencia, la cínica desvergüenza con que por fin se había despojado de su disfraz. Se divertía ante mi desconcierto e inquietud, y no disimulaba su desprecio hacia mí.

Desde el comienzo me dije que esa forma de actuar del príncipe era premeditada, aunque me veía obligado a aguantarle hasta el final. Por Natacha, tendría que soportarlo todo, pues del diálogo podía surgir la solu-

ción que yo tanto esperaba. Pero se hacía sumamente difícil escuchar con serenidad aquellas burlas deplorables contra Natalia Nicolaievna. Por otra parte, como el príncipe se daba cuenta de que tenfa que escucharle hasta el fin, sentíasc animado para prodigar sus insultos. Me dije que al fin y al cabo él también me necesitaba, y me propuse contestarle con ofensas, resueltamente.

El se dio cuenta de lo que pensaba, y con gran seriedad manifestó:

— Escuche, amigo, no podemos seguir de esta forma. Será mejor que nos pongamos de acuerdo. Pienso explicarle bastantes cosas, pero para eso debe usted ser más amable y no interrumpirme, por mucho que yo diga. Quiero hablar libremente, sin preocupación de ninguna clase, lo que me parece primordial en este momento. ¿Tendrá paciencia para escucharme?

Me callé haciendo un esfuerzo, por más que con su forma de mirarme, cinica y burlona, parecía querer provocar una reacción violenta de mi parte. Advirtió que había resuelto escucharle a toda costa y prosiguió diciendo:

— No se altere, Iván Petrovitch. ¿De qué puede culparme, en realidad? ¿De la manera cómo digo las cosas? Sabe usted que yo pensaba hablarle con toda sinceridad, y tanto si me expreso con toda cortesía como si lo hago duramente, como ahora, el sentido de lo que diga será el mismo.

»Me desprecia usted, ¿no es cierto? Como puede ver, en mí hay una inmensa ingenuidad, bonhomía y franqueza, y llego a confesarle hasta mis caprichos más pueriles. Le ruego que ponga también usted algo de su parte, y nos comprenderemos a la perfección. Le repito que no debe mirarme con semejante cara de estupor. Toda la inocencia y la poética ingenuidad de mi hijo, su sublimación sobre sus necias relaciones con Natacha (muchacha encantadora, por otra parte), todo eso me fas-

tidia a tal extremo que sólo espero una oportunidad para poder expresar mi desagrado. Ya está aquí la ocasión, y me dispongo a exponer mis ideas ante usted.

Así diciendo, lanzó una carcajada sonora, cinica como un insulto.

— Me asombra usted, príncipe. No le reconozco, oyéndole hablar ese lenguaje de polichinela. Le aseguro que esa inesperada sinceridad...

De nuevo volvió a reírse estrepitosamente, y luego declaró:

— Ha acertado usted, amigo mío. Me siento muy contento, en efecto; y usted, como poeta, debe ser indulgente conmigo. Pero antes que nada, bebamos.

Con gesto satisfecho procedió a llenar su copa hasta el borde.

— Debo decirle, Iván Petrovitch, que aquella maldita velada en casa de su amiga Natacha me dejó deshecho. Ciento es que la muchacha me gustó, pero cuando salí de aquella casa llevaba en el alma una ira que no se calmó fácilmente. No lo olvidé, ni me recato en ocultarlo. Pero ya llegará mi ocasión, y tal vez bastante pronto. En fin dejemos ese asunto. Lo que quería decirle es que en mi persona hay un rasgo que usted no conoce. Y es que aborrezco esas ingenuidades estúpidas, esas necesidades idílicas tan vulgares. Una de mis mayores alegrías ha sido siempre la de comenzar adulando y estimulando a uno de esos poetas, a uno de esos corazones cándidos para luego llenarle de confusión quitándome la careta y dejando que mi dulce rostro exprese una serie de muecas desconcertantes. Quizá usted no lo entienda, y le parezca algo absurdo e innoble.

— Sí, eso me parece.

— Me complace su franqueza, pero no puedo hacer nada por evitarlo. También yo soy terriblemente sincero. Así es mi temperamento. Se dará cuenta cuando le relate algunos episodios de mi vida. Seguramente le interesarán, y gracias a eso podrá conocerme mejor. Puede

que hasta justifiquen mi parecido con Polichinela. ¿No suele hablar éste con toda sinceridad?

— Mire, príncipe, se hace tarde, y...

— ¡Pero qué impaciente es usted! ¿A qué vienen esas prisas? Hablemos como amigos, sincera y cordialmente, mientras sostenemos una copa en la mano. ¿Le parece que estoy borracho? Da lo mismo —y se echó a reír estrepitosamente, otra vez—. No sabe lo agradable que resulta recordar estos momentos, más tarde. Iván Petrovitch, es usted un malvado, y por si fuera poco, le falta sensibilidad, sentimentalismo. No va a perder nada, pasando un par de horas con un buen amigo, como yo. Sabe usted bien que lo que hablemos se relaciona con nuestro asunto. ¿Cómo no lo ha entendido, siendo novelista, como es? Más le valía dar gracias al cielo por la oportunidad que se le presenta, ya que de mí puede sacar un personaje estupendo. ¡Ja, ja, ja! No sé cómo me siento hoy tan ingenuo, Dios mío.

Se notaba que su borrachera iba aumentando. Su rostro se había cambiado, y presentaba ahora una expresión repulsiva. Notábase que tenía verdaderas ansias de ofender, de herir, de mortificar. Pensé que sería mejor que estuviese bebido, pues ya se sabe que los borrachos no suelen guardar secretos. El príncipe, sin embargo, parecía conservar su lucidez. Perfectamente satisfecho de sí mismo, prosiguió diciendo:

— No hace mucho le confesé, tal vez con algo de impertinencia, que en ciertas oportunidades tengo grandes deseos de quitarme la careta. Si me tiene usted por un ingenuo o un grosero, le aseguro que es injusto; en primer lugar, porque me gusta obrar de esa forma; en segundo término, porque me encuentro ahora con usted pasándolo bien, como buenos amigos. Por último, le confieso que soy un hombre caprichoso.

»Le diré que hace mucho, por simple capricho, fui metafísico y filántropo, y no me faltó gran cosa para pensar como usted lo hace. Ciento es que eso ocurrió

hace ya tiempo, en las épocas doradas de mi juventud. Aún me acuerdo que llegué a mi hacienda con fines humanitarios, y que estaba lleno de aburrimiento. ¿Sabe lo que hice entonces? Por puro tedio me dediqué a hacerle la corte a las chicas guapas. Pero, ¿otra vez está usted haciendo aspavientos? Amigo mío, olvida que estamos de juerga, y que es en estos casos cuando uno le abre el corazón a los camaradas. Soy un ruso de pies a cabeza, y me gusta descargar mi conciencia cuando es oportuno. A mi modo de ver, es necesario saber aprovechar las oportunidades, si se quiere pasarlo bien en la vida. Como le decía, comencé por cortejar a las campesinas. Recuerdo bien a la mujer de un joven mujik al que administré un duro correctivo. Estuve a punto de matarle a latigazos, pero después no llegué a hacerlo. Pero esto ya son asuntos muy lejanos, estimado poeta. El caso es que el hombre murió en el hospital. Olvidaba decirle que yo había montado un hospital en mi hacienda. Un pabellón con veinte camas, espléndidamente instalado, impecable en cuanto a higiene, y con suelos de mosaico. Hace mucho tiempo que lo hice cerrar, pero en aquella época me sentía sumamente orgulloso de él porque me daba por la filantropía. Como le decía, poco faltó para que el mujik dejase el pellejo bajo mi látigo, a causa de su mujer. ¿De nuevo hace gestos? ¿Acaso le disgusta lo que leuento? Veo que se rebela su noble espíritu; pero debe tranquilizarse, ya que es un asunto muy antiguo, de los tiempos en que me sentía romántico y soñaba con ser un benefactor de la sociedad, fundando una institución filantrópica.

»Sin embargo, por aquel entonces mandaba dar de latigazos a los hombres, mientras que ahora ya no soy así. Lo que hago ahora es aspavientos, como todo el mundo. Así es nuestra época. El que más me divertía era ese estúpido de Ikmeniev. Tengo la certeza de que se enteró de lo del mujik, pero como seguramente tiene el corazón hecho de almíbar, y también por el cariño casi

insensato que me tenía entonces, prefirió no creer el rumor. Estuvo negándolo y defendiéndome durante doce años, hasta que a él mismo le cayó la venda. ¡Ja, ja, ja! En fin, esto son bobadas. Bebamos, bebamos, mi amigo. Y hablando de otra cosa; dígame, ¿le gustan las mujeres?

Permanecí callado, limitándome a escucharle. Él comenzó otra botella y dijo:

—Pues a mí me gusta hablar de mujeres cuando estoy cenando. Cuando nos marchemos de aquí, le presentaré a una tal mademoiselle Philiberte, ¿quiere? Pero, ¿qué le ocurre? Veo que ni siquiera me mira usted.

Quedóse pensativo un momento, y de pronto alzó la cabeza, y dirigiéndome una rápida ojeada agregó:

—Escúcheme, amigo poeta, le descubriré un secreto de la naturaleza, que, según parece, usted desconoce por completo. Tengo la certeza de que me tiene por un personaje perverso, y quizás hasta como un monstruo de vicio y depravación. Ahora bien, si llegase un tiempo (que no se producirá a causa de la índole de la naturaleza humana), en que todos los hombres pusieran de manifiesto sus pensamientos íntimos, hasta aquellos que prefieren no ser sinceros consigo mismos ni con sus más allegados; si se presentase ese momento, se levantaría de la tierra tal fetidez que todos moriríamos asfixiados. Por tal razón nuestros prejuicios sociales poseen tanto valor. En realidad tienen una profundidad, más que moral, destinada a mantener la comodidad, lo que es aún mejor, ya que moralidad y comodidad pueden considerarse como algo similar, ya que la primera ha sido creada para gozar de la segunda.

»Más tarde hablaremos de los prejuicios. Le ruego que me lo recuerde cuando llegue el momento. Por ahora no haría más que embrollarme. En definitiva, usted me acusa de vicioso, libertino y villano, cuando en este instante mi única culpa es la de ser más franco que los demás. Es probable que proceda equivocadamente. Bue-

no, ¿y qué más da? No, no se inquiete, el hecho de que admita mis errores no significa que vaya a pedir disculpas por ellos.

—Divaga usted de un modo absurdo —manifesté, mirándole con desdén.

—No sé dónde ve usted el disparate —dijo, y se echó a reír. —Le digo lo que piensa en este preciso momento? Pues se pregunta con qué objeto le traje aquí, y por qué sin aparente razón demuestro tanta franqueza con usted. ¿No es eso?

—Sí, es cierto.

—Bien, más tarde se lo explicaré.

—Se trata de algo más simple —dijo—. Lo que pasa es que se ha tomado un par de botellas, y está bebido.

—Diga sin ambages que estoy borracho. «Bebido» es más fino que «borracho». Es usted la delicadeza en persona. Pero me parece que estamos a punto de discutir, a pesar de lo interesante del tema que tratamos. Cómo le decía, amigo poeta, lo mejor que existe en la tierra son las mujeres.

—Lo que no alcanzo a comprender, príncipe, es por qué motivo se le ocurrió elegirme justamente a mí para confiarle sus secretos y anhelos.

—Le dije que más tarde lo sabría. No se impaciente, por favor. Además, el que sea usted poeta, como lo es, supone, ya de entrada, una gran ventaja. Y volviendo a lo anterior, como declaré antes, hay un sentimiento de placer en ese quitarse uno de improviso la careta, en el cinismo que supone el presentarse un hombre ante otro absolutamente transparente, sin que quiera demostrar la menor vergüenza ante el segundo.

Después de beber un trago me miró y prosiguió hablando.

—Una vez, en París —dijo—, un empleado público se volvió loco. Al convencerse los demás de que tenía la mente trastornada, le encerraron en un manicomio. Antes de eso, el hombre se dedicó a una singular distrac-

ción. Se quitaba en su casa toda la ropa, hasta quedar tan desnudo como vino al mundo, y sólo se cubría con un ancho gabán que le llegaba a los pies. Se ponía los zapatos, y con ademanes graves y dignos comenzaba a dar paseos por la calle. Desde lejos nadie le hubiera diferenciado de cualquier hombre corriente que pasara por el lugar. Pero cuando se encontraba con un transeúnte en algún sitio apartado, se acercaba a él muy serio, y sin decir una sola palabra abría el gabán y enseñaba su completa desnudez. Esto duraba escasamente un segundo, tras el cual cerraba de nuevo el abrigo, y sin inmutarse, sereno e impávido como si fuera el fantasma de Hamlet, se alejaba de allí, mientras el peatón se quedaba atónito. Así obraba con todo el mundo, hombres, mujeres y niños. Se trataba de su único pasatiempo. Del mismo modo disfrutaba yo, dejando de una pieza a un Schiller de pacotilla, sacándole la lengua en el instante en que menos lo imagina.

— Se trataba de un loco; pero usted...

— ¿Cree de verdad que estoy en mi sano juicio?

— Sí.

Echóse a reír con grandes carcajadas, y mostrando una expresión insolente agregó:

— Querido amigo, veo que al juzgar también lo hace usted con cordura.

Esta nueva desconsideración me llenó de ira, y sin poder contenerme repuse:

— Escuche, príncipe, lo que ocurre es que usted nos desdenía y desea vengarse en mi persona. Ello es consecuencia de la mezquindad de sus sentimientos. Es usted una persona vil y ruin. Le hemos disgustado, y tal vez fuese aquella famosa noche lo que más llegó a irritarle. Debo confesarte que no hubiese podido vengarse más efectivamente que haciéndome semejante desprecio. Procura hacerme ver que no le avergüenza mostrarse ante mí de esa manera, sin su despreciable disfraz, poniendo en evidencia el cinismo de su modo de ser.

— ¿A qué vienen esas palabras? Tal vez desee demostrarme su perspicacia, ¿eh? Pues ha tenido una buena idea, mi amigo — aseguró con el voluble tono de antes —, ya que me ha hecho perder el hilo de lo que estaba diciendo. Ahora bebamos, mi amigo. Déjeme que le sirva. En seguida le contaré una anécdota muy divertida y curiosa.

Me llenó la copa mientras reanudaba su relato.

— Conocí hace tiempo a una dama que no estaba ya en su primera juventud, pues tendría unos treinta años. De todos modos se trataba de una mujer de excepcional belleza. ¡Qué elegancia, qué busto, qué empaque! Poseía una mirada severa, de águila, que la hacía altiva e inabordable. Decíase que era tan fría como el hielo y a todos asombraba por su aislada virtud. En su círculo se constituía en el juez más severo, condenando no sólo los vicios de otras mujeres, sino también sus debilidades más nimias. Todos la respetaban profundamente, y hasta las personas de más edad solicitaban sus consejos. Las jóvenes temblaban pensando en lo que pudiera decir de ellas, pues una de sus observaciones bastaba para derrumbar toda una reputación. Tanto influía en su ambiente, que hasta los hombres la temían. Se entregó luego a una especie de misticismo que aumentó la veneración que le profesaban.

»Pues bien, amigo mío, le aseguro que no había mujer más depravada que aquélla. Puedo afirmarlo porque tuve la suerte de ser su confidente y amante. Concertábamos nuestras entrevistas íntimas con tal habilidad, que ni siquiera los que vivían en su casa pudieron descubrir nunca el menor indicio. La única que lo sabía era una encantadora criadita francesa, pero podíamos confiar en ella, puesto que también participaba en el asunto. Pero lo que más voluptuosidad proporcionaba a tales relaciones, era la atmósfera de impudicia, misterio y engaño que la envolvían. Había un manifiesto placer en burlarse de todo, en pisotear lo más respetable. Eso producía un

goce indescriptible. Un año después me dejó por otro. Por más que yo hubiese querido perjudicarla, nadie me hubiera creído, ni siquiera me habrían escuchado. ¿Qué le ha parecido, mi joven amigo?

Le había escuchado con manifiesto desagrado, y le contesté:

— Me parece algo abominable.

— Claro, de haberme contestado de otra forma, no sería usted quien es. Ya imaginaba lo que me iba a responder. ¡Ja, ja, ja! Le conviene vivir un poco más, y entonces me comprenderá. Por ahora le falta mucho, créame. En cambio aquella mujer comprendía la vida y la disfrutaba.

— ¿Era necesario degradarse tanto?

— Degradarse?

— Sí, como lo hacían ustedes dos.

— Bah, me parece que sigue usted en el limbo. Eso no es envilecerse. Claro está que la independencia puede demostrarse de una manera diferente. Hablemos con franqueza, y reconozca que todo lo que dice es absurdo.

— ¿Acaso hay algo que no lo sea?

— Sí; mi carácter, por ejemplo; yo mismo. Para mí se ha creado el mundo. Mire, amigo, soy de los que creen que aún puede vivirse bien en la tierra. Es lo mejor que puedo pensar, pues sin eso más vale envenenarse. Aseguran que de ese modo lo hizo cierto necio. No cesaba de filosofar, negándolo todo. Una vez que todo lo hubo destruido, no le quedó absolutamente nada, ni obligaciones, ni principios. Entonces comenzó a decir que lo mejor de esta vida era el ácido prúsico. Usted me dirá sin duda que ése era Hamlet, la cúspide de la desesperanza, una sublimidad que no podemos imaginar siquiera. Es usted poeta, y yo sólo un simple mortal. Pero mi conclusión es que debe encararse la vida desde un nivel práctico y simple. Hace tiempo que dejé de lado cualquier traba y hasta toda obligación. No existe el deber para mí, si no me favorece. Claro que usted no puede

ver las cosas de esa forma, pues está atado de pies y manos y tiene gustos enfermizos. Al escucharle hablar de ideales y virtud, me gustaría darle la razón; pero por desgracia tengo la certeza absoluta de que las virtudes humanas se asientan sobre la base del egoísmo. Cuando un acto es virtuoso, significa que encierra una gran dosis de egoísmo. Yo sólo reconozco una ley, la del amor por uno mismo. Considero la vida como un mercado. No debe despilfarrarse el dinero, pero sí retribuir generosamente los placeres que nos proporcionan. En eso consiste mi moral, si desea saber cuál es. A mi modo de ver, siempre es mejor conseguir que le sirvan a uno sin tener que pagar nada. Los ideales me fastidian; no quiero tenerlos. Y por otra parte, me libro de la necesidad de tener que usar el ácido prúsico. Quizá me hiciese falta, de tener yo más virtudes. Sin embargo, ¡todavía me quedan por conocer muchas cosas buenas de esta vida, sean de la clase que sean! Me entusiasman los antros de disipación, clandestinos e incluso hediondos, a veces. Pero por encima de todo, me gustan las mujeres. ¡Vaya, con qué desprecio me está usted mirando!

— Está muy en lo cierto.

— Suponiendo que tuviese usted razón, y no yo, ¿no le parece eso preferible al ácido prúsico?

— Yo escogería el ácido.

— Sabía que iba a contestarme eso. Pero hace usted mal. Si fuese un verdadero amante de la humanidad, como asegura, querría para toda persona razonable un gusto como el mío. Si no, la gente despierta nada podría hacer en la vida, y en ésta sólo tendrían cabida los mentecatos. Conoce usted bien el refrán que afirma que la felicidad es únicamente para los inocentes. Y la verdad es que nada hay más grato y fructífero que vivir entre necios y tratarse con ellos. No me acuse de vivir apegado a los prejuicios y convencionalismos, y que guste de los honores. Sé que vivo en una sociedad frívola, y como me siento bien en ella, sigo a la mayoría y la

defiendo a toda costa. Pero en caso necesario, sería el primero en dejarlo. Estoy al corriente de las nuevas ideas que defienden ustedes, y le aseguro que nunca me produjeron el menor temor. A decir verdad, no hay razón para que yo me sienta intranquilo, pues no sé lo que son los cargos de conciencia. Todo lo doy por bien recibido, siempre que me sea agradable. Son innumerables los que piensan igual que yo, y todos nos llevamos espléndidamente. En el mundo todo puede resultar destruido, pero eso no nos ocurrirá a nosotros, que vivimos desde que fue hecha la tierra, y seguiremos viviendo siempre. No sé si se habrá dado cuenta de la resistencia que poseemos. Llegamos a vivir ochenta y noventa años. Eso quiere decir que la misma naturaleza nos protege. ¡Ja, ja! Yo pienso llegar a los noventa. No tengo ningún cariño a la muerte. Por el contrario, no niego que la temo. Pero, ¿a qué vienen estos pensamientos? Creo que me los ha suscitado el filósofo del ácido prúsico. ¡Al demonio con la filosofía! ¡Bebamos, amigo mío! Estábamos hablando de mujeres hermosas... ¡Eh! ¿Adónde va usted?

— Me marcho. Y creo que usted también debiera retirarse.

— De ningún modo. Cuando empiezo a sincerarme, veo que usted sigue impasible ante una muestra tan evidente de amistad. No, amigo poeta — volvió a reírse estrepitosamente —. Usted no sabe amar. Aguarde un poco, voy a pedir otra botella.

— Ya van tres botellas.

— En efecto. Por lo que se refiere a la virtud, mi querido discípulo (déjeme que le llame así), tal vez mis enseñanzas le resulten útiles. Por lo pronto, ya le dije que cuanto más virtuoso es un acto, más egoísmo entraña. Y a este respecto voy a contarle un episodio interesante. En una ocasión me enamoré de una joven. Un amor verdadero, pudiera decirse. La muchacha hizo verdaderos sacrificios por mí...

— Querrá decir que le robó todo lo que tenía — le interrumpí sin miramientos de ninguna clase, incapaz de seguir aguantando.

Estremeciése el príncipe, cambió de color y me miró lleno de asombro y luego con furor mal contenido.

— Aguarde un poco. Déjeme que piense. He bebido bastante y no me resulta fácil reflexionar.

Quedóse en silencio y me dirigió una mirada rencorosa, al tiempo que me retenía una de las manos, como si temiese que me marchara. Tengo la certeza de que en aquellos momentos se preguntaba quién podría haberme relatado aquella anécdota que casi nadie conocía.

Así pasó casi un minuto, y de pronto su rostro cambió de nuevo, volviendo a él, la ironía y el gozo de la borrachera.

Se echó a reír una vez más.

— Vaya, aquí tenemos un nuevo Talleyrand, ¿eh? Bueno, pues yo le aseguro que nunca sentí tanto asombro como cuando esa mujer me acusó de haberla robado. Había que oír sus gritos y calumnias. Estaba iracunda. Pero verá usted. En primer lugar, nada le robé, como usted afirma, puesto que el dinero era mío. Pongamos por caso que usted me ofrece su mejor traje — y al decir esto echó un vistazo a mi sencillo frac de confección económica y que ya tenía tres temporadas —. Yo le doy las gracias, y me lo pongo. Al cabo de un año tenemos una grave discusión, y usted me exige lo que he estado utilizando durante todo ese tiempo. ¿Le parece justo? En tal caso, ¿para qué me lo regaló? De todos modos, y aunque ese dinero ya era de mi propiedad, yo lo hubiese devuelto de todas formas. Pero entonces me resultaba imposible, pues no podía encontrar fácilmente una cantidad tan elevada. Además, me repugnan los llantos y las escenas tipo Schiller. No sabe bien todo lo que me dijo. Vociferó asegurando que me regalaba aquel dinero..., cuando ya me pertenecía en realidad. No pude contener la ira, y me puse a estudiar el asunto desde

un ángulo práctico, con la entereza de ánimo que por fortuna nunca me falta. Pensé que si le entregaba de nuevo el dinero la haría una desgraciada, al evitarle el goce de ser desdichada por causa mía y de maldecirme el resto de su vida. Como no quería quitarle esa felicidad, no le devolví el dinero. Con ello advertirá usted que es cierto mi aforismo de que cuanto más generoso es un acto, mayor dosis de egoísmo encierra. Quizá usted no lo entienda. Lo cierto es que el asunto no puede estar más claro. Pero lo que quería usted era confundirme. ¡Ja, ja, ja! Sea franco conmigo. Quería atraparme, ¿eh?

Me levanté de la silla y dije:

— Bien, me marcho, príncipe.

— Espere, sólo dos palabras más, para concluir — declaró, dejando de lado el tono vulgar con que hablara hasta ese momento, para dirigirse a mí en otro más serio —. Observe, por todo cuanto le he dicho, que yo no sería capaz de sacrificar una buena ocasión por nadie ni por nada. Me atrae el dinero, y además lo necesito. Catalina Fiodorovna lo tiene de sobra, pues su padre comerció en gran escala con licores durante diez años. Ella tiene tres millones, y esa suma me resultaría muy útil. Aliocha y Katia constituyen la parejita ideal. Ambos son estúpidos hasta más no poder, y eso supone otra ventaja para los planes que he concebido. Deseo, por consiguiente, que contraigan matrimonio. Dentro de dos o tres semanas la condesa y Katia saldrán hacia el campo, en compañía de Aliocha. Será conveniente, por lo tanto, que advierta a Natacha, para que no se produzcan escenas dramáticas y ridículas. Mi carácter es vengativo y perverso, y sé hacer que me paguen las deudas. No le tengo ningún temor, y todo saldrá a mi gusto, como podrá usted comprobarlo.

»Trate de que Natacha obre con prudencia, pues de lo contrario tendrá que arrepentirse. En primer lugar, puede ir agradeciéndome el que no haya actuado contra

ella como ordenan las leyes. Como usted sabrá, las leyes protegen la tranquilidad familiar, y garantizan que los hijos obedezcan a sus padres, impidiendo que aquéllos dejen de lado sus deberes filiales. Además, tenga en cuenta que yo poseo importantes relaciones, mientras que ella no tiene a nadie, prácticamente, que la proteja. En semejantes circunstancias, para usted resulta fácil darse cuenta del daño que yo podría hacerle. Hasta ahora no me he decidido a obrar de esa forma, y ha sido porque ella actúa con cuidado. En estos seis meses, la hice vigilar atentamente, de modo que estoy al corriente de cada uno de sus pasos. Eso es lo que me hace pensar que Aliocha la dejará por sí mismo, y no creo que esto tarde en ocurrir. En estos momentos, Natacha sólo es para él un pasatiempo más o menos agradable. En cuanto a Aliocha, me considera un padre benévolos, y es necesario que siga pensando de ese modo.

Echóse a reír bruscamente, y agregó:

— ¡Y pensar que hace pocas noches la felicitaba por su generosidad, al no querer casarse con Aliocha! Lo cierto es que mi visita no obedecía a otra razón que la de poner fin a esas relaciones con mi hijo. Pero tenía que verlo todo por mí mismo. Bien, ¿le parece que ya le dije bastante? ¿Tal vez quiera saber también por qué le he traído a este sitio y le hablo con tanta sinceridad, cuando no tenía necesidad de hacerlo? ¿Quiere enterarse?

—Sí.

Hice un esfuerzo y me dispuse a escucharle. Además, ¿qué podía yo replicarle?

El príncipe prosiguió diciendo:

— Si le he contado todo esto es porque me he dado cuenta de que posee más juicio que esos dos necios. Sin duda hubiera terminado usted por conocerme a fondo, por adivinar mis propósitos. Quise ahorrarle ese trabajo demostrándole bien a las claras con quién tiene usted que tratar. Ahora sabe quién soy yo, y como estoy

enterado de que ama a esa joven, tengo la certeza de que utilizará toda su influencia para evitar que salga perjudicada en este asunto.

Me miró irónicamente en silencio, durante un instante. Luego dijo:

— Por otra parte, existe una razón más para que le haya hablado con tanta franqueza. Como se habrá dado cuenta, sentía deseos de regodearme escupiendo todo mi desprecio sobre semejante episodio, y quise hacerlo precisamente delante de usted.

— En tal caso, ha conseguido lo que se proponía — contesté, estremecido por la ira —. Ha hallado la mejor manera de manifestar su desdén y su odio hacia mí y los demás. No ha mostrado vergüenza alguna al hacerme esas confidencias, comportándose aproximadamente como el loco del gabán.

— Veo que lo ha entendido todo perfectamente. Se nota que es novelista. Ahora nos separaremos como buenos amigos. ¿Bebemos una copa por nuestra salud?

— No. Y si no le hablo como se merece, es porque está usted muy bebido.

— Eso es falta de sinceridad. No se atreve a confesar lo que siente. Al menos, espero que me permitirá abonar su cuenta.

— De ningún modo. Yo la pagaré.

— Eso era lo que esperaba. ¿Nos marchamos juntos, al menos?

— Tampoco quiero acompañarle.

— En tal caso, adiós, amigo poeta. Creo que me habrá comprendido bien.

Con paso vacilante, el príncipe salió a la calle, donde su lacayo le instaló en el carruaje. Caía una lluvia fina, y reinaba una densa oscuridad.

Poco después, embebido en mis tristes pensamientos, llegué a casa, calado hasta los huesos por la persistente lluvizna.

Acababan de dar las tres de la mañana.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

No soy capaz de describir la desesperación que me embargaba. Me daba cuenta de que de aquel hombre podía esperarse lo peor, y a pesar de ello, no salía de mi asombro, como si de pronto hubiese descubierto lo monstruoso de su personalidad. En mi cabeza reinaba la mayor confusión. Mi alma estaba transida de dolor.

Sentía un profundo temor por Natacha, a la que sin duda esperaban grandes sufrimientos. Era necesario que hallase el modo de evitarle más penas, antes de que se produjera el desenlace que inevitablemente se aproximaba. Yo me daba cuenta de la forma en que aquello iba a terminar.

Me disponía a llamar a la puerta, cuando ésta se abrió de repente, al mismo tiempo que se dejaba oír un lamento. Era Nelly, que parecía haber estado esperando mi regreso. En la habitación había una vela encendida, y al ver el rostro de la chiquilla me asusté. Tenía un brillo febril en la mirada, y me observaba como si no supiera quién era yo. Evidentemente se encontraba bajo los efectos de una fiebre intensa.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma, Nelly? —inquirí, rodeándole los hombros con un brazo.

Se estrechó contra mí estremeciéndose de pavor, y dijo algunas palabras deshilvanadas, que no pude descifrar. Estaba delirando.

En seguida la conduje a su cama, pero ella continuaba abrazada a mí, como si tratara de que la librarse de